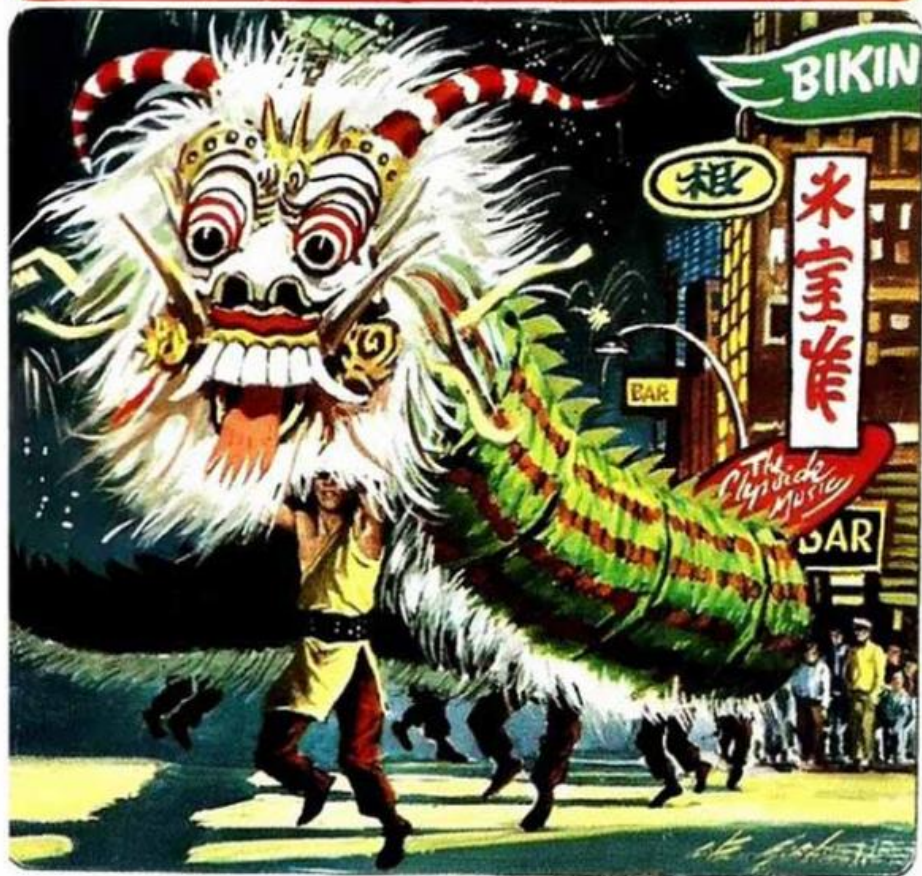




Curtis GARLAND

DRAGON DE CHINATOWN





eb

LOU CARRIGAN

**DRAGON DE
CHINATOWN**

Colección LA HUELLA n.º 35
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-03656-2

Depósito legal: B 20359-1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición en esta Colección: julio, 1975

© Texto: Lou Carrigan - 1975

© Cubierta: Antonio Bernal - 1975

**Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)**

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974**

CAPÍTULO PRIMERO

La chica, se murió en mis brazos.

Poco antes, estaba llena de vida. Y llena de todo, especialmente en ciertas partes de su anatomía, tan visibles como las colinas en un terreno llano. Me sonreía, pronunciaba palabras melosas a mi oído, y mi piel toda hormigueaba con el cosquilleo suave y lascivo de sus dedos, largos y aterciopelados.

Ahora, todo eso no era nada. O, cuando menos, nada que pudiera moverse, palpar y tener el calor de la vida. Un extraño frío terrible extendíase lentamente por su epidermis. Los ojos miraban sin ver. La boca estaba entreabierta, y por la comisura de sus labios, rojos y brillantes, gordezuelos y sensuales, corría aquel desagradable, delgado hilo escarlata: la sangre que señalaba tan débilmente la presencia de la Muerte en la alcoba.

Miré a mi alrededor, mientras sostenía aún el cadáver. Acababa de morir y ya me parecía sentir en sus miembros, en sus adorables miembros turgentes y bien moldeados, la rigidez de la muerte.

No sabía qué hacer. Todo era terriblemente confuso en mi mente, en estos momentos. No podía explicarme lo sucedido. Pero lo único cierto es que había sucedido, y de eso ya nadie podía disuadirme. Estaba viviendo yo mismo la terrible escena. Una muchacha maravillosamente atractiva, joven, llena de vida... era ahora un cadáver en mis brazos.

Y ni siquiera sabía la razón. Ni siquiera podía comprender por qué había sucedido todo aquello. Precisamente, allí. Precisamente, ahora... Precisamente... estando ella conmigo.

Cuando advertí, sin lugar a dudas, que estaba muerta, la deposité suavemente sobre la alfombra de vivo colorido. Por contraste, la creciente palidez de aquella piel suya, de ordinario

bronceada, era más visible, más perceptible sobre el fondo de la alfombra multicolor. Pase mis dedos sobre sus párpados para cerrar los ojos vidriados, muy fijos en la nada.

Luego, creo que maldije entre dientes, y pronuncié unas cuantas blasfemias. No tenía otro modo de desahogarme. Pero, eso sí, lo hice camino de la ventana única de la habitación; del único camino por el que, lógicamente, había tenido que llegar la muerte hasta la espalda de ella.

Una simple ojeada me había bastado para descubrir el orificio de bala, redondo y negruzco, asomando malignamente sobre su espalda. La ausencia de detonación probaba el carácter silencioso del arma mortífera.

Cuando alcancé la ventana comprendí que era una perfecta utopía buscar al culpable. Afuera, los jardines formaban un auténtico laberinto verde oscuro en torno a la edificación. Más allá, todo eran bosquecillos, altos setos y parques públicos, con luces esféricas de blanca claridad salpicando el paisaje nocturno. Aparentemente, todo en calma, todo silencioso y tranquilo en la noche. Una mentira. Una gran mentira, que enmascaraba la presencia del crimen.

Salté el alféizar, tras estirar mi mano y tomar de un bolsillo de mi chaqueta la «Beretta» calibre 38 que habitualmente me acompañaba, incluso en mis citas nocturnas con bellas damiselas. Uno nunca sabe dónde puede estar el peligro. Y ahora acababa de tener una evidencia incontrovertible sobre la cuestión.

Había cosa de unas siete yardas desde la ventana del *bungalow* hasta el suelo alfombrado de césped, al pie de la fachada frontal del edificio campestre. Lo salvé de un ágil salto, cayendo sobre mis piernas dobladas. Corrí, agazapado, sin producir ruido. Mis pies descalzos, sentían, debajo, la humedad de la hierba. Sobre mi cuerpo, sólo llevaba la camisa a medio abotonar y el pantalón. Me podía mover con gran agilidad, aunque no esperaba que ello me sirviera de gran cosa.

Alancé el borde de la amplia extensión de césped, sin ver nada ni a nadie. Sin captar, alrededor mío, ni el más leve rumor que denotase una presencia humana. Ni un sonido, ni una huella de proximidad de ser viviente alguno.

Y, sin embargo, tuvo que haber un asesino cerca. Muy cerca. Y

de ello hacía solamente un corto espacio de tiempo. Acaso un minuto. No más de dos, ciertamente.

Debí intentarlo, pese a todo. Debía apurar las posibilidades de hallar al asesino de Nancy. Aunque yo mismo corriera riesgo ahora. Después de todo, el riesgo formaba parte de mi vida. Siempre ha sido así. Y de otro modo, no sería un profesional de la investigación policial.

Cerca de mí, en cualquier lugar de aquella oscura noche, llena de olores a césped, a árboles, a vegetación, estaba un asesino. Y un arma provista de silenciador. Un arma capaz de disparar a considerable distancia, haciendo blanco certero en la espalda desnuda de una mujer, a través del rectángulo iluminado de una ventana. Eso indicaba varias cosas: que el asesino era un experto tirador, que el arma podía ser una «Magnum» o modelo parecido... y que Nancy estorbaba a alguien lo suficiente como para mover a un profesional del crimen a ejecutarla.

Porque estaba convencido de ello: en aquel asesinato, se veía la mano de un experto, de un especialista. La idea del asesino a sueldo me asaltaba con firme insistencia, en esos momentos en los que corría por el terreno blando, húmedo, de cuidada hierba, en dirección a alguna parte en la que, posiblemente, no encontraría nada ni a nadie.

Me equivoqué.

Un instante después de pensar eso, percibía algo así como el taponazo de una botella de champaña al ser descorchada. Me tiré al suelo como un rayo. Aun así, la bala rozó mis cabellos, cuando iniciaba el movimiento reflejo de caída.

Lo dicho: era un experto. Y estaba cerca, esperándome. Por una fracción de segundo no estaba muerto yo también, con una bala alojada en el cerebro.

Mi «Beretta» distaba mucho de ser silenciosa. No lo necesitaba tampoco. Repliqué a ese taponazo sordo con un estruendoso disparo de mi arma. Lameó ésta en el oscuro jardín. La bala desgajó arbustos a su paso, pero estuve seguro de que no había alcanzado a nadie.

Allá, entre los setos, capté lejanos roces furtivos. Unas pisadas se perdían ya en la sombra, cada vez más alejadas de mí. Corrí un trecho y, por apurar la situación más que por convicción, disparé

otra vez.

Fue en vano. Mi agresor nocturno no replicó al segundo estampido de la «Beretta» de calibre 38. Ni siquiera escuché ya pisadas ni ruidos de arbustos. Solamente silencio en torno mío.

El asesino había escapado. Maldije entre dientes. La carrera me condujo hasta unas vallas de ladrillos rojos. No eran muy altas. Más allá, San Francisco era una constelación de luces multicolores, extendiéndose y derramándose por las laderas de Telegraph Hill, hasta el curso luminoso de Market Street, diagonal que dividía en dos la extensión urbana de la ciudad.

Del merodeador nocturno, ni el menor rastro. El asesino de Nancy había desaparecido.

Buen conocedor, sin duda, del terreno que pisaba, ya le había perdido definitivamente. Estaba seguro de que no le encontraría en modo alguno.

Regresé lentamente al *bungalow*. Alrededor, otros *bungalows* empezaban a mostrar ventanas encendidas. Y sonaban voces excitadas. Mis disparos habían despertado la alarma en todos los vecinos. Además, inútilmente. Sin valor práctico alguno.

Poco después, estaba de nuevo junto a Nancy. Ante su cadáver. Lo contemplé, ceñudo, reflexionando sobre los últimos acontecimientos. Era absurdo, pero había sucedido. Nancy estaba muerta. La habían asesinado cuando estaba en mis propios brazos. Luego, su asesino había escapado, disparando antes sobre mí.

Por un momento, la duda me asaltó: ¿fue su propósito matar a Nancy..., o a mí?

Era un interrogante sin respuesta, por el momento. Ella, después de todo, era solamente una muchacha de la vida frívola de la ciudad. Y yo... yo era un oficial de policía.

Un hombre odiado por muchos delincuentes. Especialmente por aquellos que estaban encarcelados o lo habían estado por mi culpa. O por los que sabían que yo estaba tras ellos, en implacable caza.

Implacable. Ésa era la palabra. Todos sabían cómo era Kirk Maxwell, teniente de Homicidios de la Policía de San Francisco. Implacable...

Para muchos, mi nombre era temido. Y hasta odiado. No me sentía feliz por ello. Pero una ciudad como la nuestra necesitaba mano dura. Yo la tenía. No me arrepentía tampoco. Aunque tuviera

muchos enemigos por ello... incluso dentro de la propia policía. Dentro de la División. Unos se sentían envidiosos de mi carrera. A mi edad, era rápido y brillante llegar a oficial de Homicidios. Otros... me detestaban por razones muy diferentes.

Había corrupción en San Francisco. Corrupción en la policía local. Yo lo sabía. Mucha gente lo sabía. Pero nadie lo declaraba abiertamente. Nadie se atrevía a admitir la realidad. Yo hubiera podido señalar a los corruptos del Cuerpo. Pero eso no bastaba. Hacían falta pruebas contra ellos. Pruebas de que recibían sobornos, de que se vendían a los criminales organizados. Y a los politicastros sucios. Una historia vieja como el mundo, un cáncer que corroía la ciudad más bella del Pacífico...

Y ahora, cuando se iniciaban investigaciones, que yo mismo conducía, para intentar descubrir y probar toda esa podredumbre en San Francisco Nancy había sido asesinada en mis brazos, durante una noche de amor.

No iba a ocultar los hechos. Ni las circunstancias. Ni aun las más íntimas. Después de todo, yo era policía. Policía honesto, resuelto. Decidido a todo, con tal de que se cumpliera la ley...

Incluso al precio del escándalo personal. Incluso siendo yo quien corriera los riesgos.

Descolgué bruscamente el teléfono. Marqué un número. Luego...

—¿Homicidios? —pregunté secamente.

—Sí —afirmó una voz mecánica e inexpresiva—. División de Homicidios. ¿Quién llama?

—Teniente Maxwell —respondí—. Quiero informar de un homicidio...

* * *

—Un homicidio... Nancy Mac Lane, asesinada. Una muchacha de vida nocturna, que trabajaba en un club nocturno de Chinatown... Espero, teniente Maxwell, que pueda explicarnos todo eso de un modo convincente.

—Creo que hay poco que explicar —repliqué secamente, mirando con disgusto al capitán Jonathan Wolff—. Era una mujer. Yo un hombre. ¿Lo ve tan raro, capitán?

—No es eso. Usted es un oficial de mi División. Ella... ella era una chica de vida turbia. Dicen que últimamente estaba mezclada

con personas poco honorables... Imagino que no es la clase de mujer capaz de atraer a un policía honesto, teniente. A menos...

—A menos... ¿qué? —Le estudié glacialmente.

—A menos que fuese una misión profesional, simplemente, un medio de sonsacar a esa muchacha algo relacionado con los bajos fondos de esta ciudad...

—Capitán, me sería muy fácil decirle que era ése el caso. Pero no es así. Nancy era una chica atractiva. Y complaciente. Yo no soy de hierro. Ni creo que lo sea usted.

—No es ése el caso. ¿Fue solamente un... un asunto amoroso, una aventura nocturna, Maxwell?

—Sí —afirmé, seco—. Lo era. Si Nancy me hubiera contado algo de lo que conocía sobre el hampa de la ciudad, y sobre ciertas cosas que suceden últimamente en Chinatown, lo hubiera aceptado como algo más, como un informe importante, que nada tendría que ver con lo que me atraía esa muchacha, Nancy.

—Sea como sea... ella está muerta ahora, teniente Maxwell.

—Sí. Muerta. Un disparo con silenciador, desde un jardín. Así la mataron. Todavía me pregunto si... si la buscaban a ella o a mí.

—Teniente, eso no me importa demasiado. Es a ella a quien mataron, estando en su compañía. Usted debió evitarlo. ¿Imagina lo que dirán los periódicos, esta tarde? Ya estoy viendo los titulares: «Policía en amorosa cita con una mujer de la vida nocturna, incapaz de salvar a su amante de un disparo asesino». ¿Comprende eso, Maxwell? La burla de todos nosotros, el escarnio de la policía de San Francisco... Lo que faltaba, a la vista de cuanto pretendíamos en el futuro. ¿Cómo podremos combatir una corrupción de la que nosotros mismos formamos parte?

—Capitán, no me ofenda. Nancy era una buena chica. Juro que descubriré a su asesino, sea quien sea. Y que la justicia le hará responder de su crimen.

—Usted no hará nada de eso. No va a ocuparse del caso, teniente —me replicó, con frialdad, mi superior en la División de Homicidios.

—Perdone, capitán —le repliqué—. Solicito hacerme cargo del asunto. Tengo derecho a ello. Lo haré de modo oficial, esté seguro.

—Petición denegada, teniente.

—¿Qué?

—No daré curso a ese pedido oficial. Usted no va a ocuparse del caso.

—Como oficial involucrado personalmente en el asunto, sabe que puedo...

—No puede, teniente... porque desde este momento queda en suspenso de toda actividad oficial.

Hubo un pesado silencio en la sala. Temí haber oído mal. Pero no. No había oído mal. Su duro gesto, su helada mirada fija en mí, me dijeron que no era así. Le contemplé glacialmente.

—¿Cómo ha dicho, capitán? —indagué.

—Está en suspenso. No significa una degradación, claro. Ni siquiera un expediente concreto contra usted. Sólo es una medida de tipo provisional. Inicialmente estará dos semanas separado del Cuerpo, y dado de baja de la División de Homicidios por... por motivos estrictamente confidenciales dentro de nuestro Departamento. Espero que sepa comprenderlo, teniente.

—No, no lo comprendo —repliqué—. Eso no tiene sentido. Es... es como acusarme de algo, como hacerme culpable de una cosa que no entiendo ni me afecta. Yo no tengo responsabilidad alguna en la muerte de Nancy, a menos que intentaran matarme a mí, y eso no sería motivo de suspensión. Tampoco pueden castigarme por hacer la vida privada que me plazca.

—Lo siento. Se ha discutido el asunto con los superiores. El jefe de Policía y el gobernador consideran que es lo más prudente. Personalmente he votado por su suspensión temporal. Si dentro de quince días hay motivos concretos para anular la decisión, usted volverá a su grado y cargo.

—¿Y si no los hubiera?

—En ese caso... —Se encogió de hombros—. Tendríamos que abrirle, expediente y someter su caso a un proceso interno, que podría dictaminar su inocencia absoluta, con rehabilitación total... o su expulsión del Cuerpo, con el único privilegio de poder elegir un puesto en la Brigada Móvil.

—Ya. Patrullero uniformado... después de ser teniente de policía —repetí con sarcasmo—. Le felicito, capitán Wolff. Su maniobra ha sido perfecta.

—¿Qué quiere decir con eso? —me replicó, con ojos centelleantes en su inexpresiva faz angulosa, inclinándose por

encima de su sólida mesa de trabajo.

—Usted lo sabe muy bien —recité—. Es todo una perfecta maniobra suya. Debo admitir que es inteligente. Y despiadado. No le gusta tenerme en su División. Ni siquiera que pertenezca al Cuerpo. No, capitán. Soy «demasiado» honesto. No cedo. No me vendo. Eso, a veces, es molesto para ciertos organismos y ciertas personas, ¿no es cierto?

—Cuidado con lo que está diciendo —silabeó el capitán Wolff, irguiéndose airado, justo en el momento en que golpeaban suavemente en su puerta con los nudillos—. Por esas palabras, teniente Maxwell, podría hacerle expediente ahora mismo, con expulsión inmediata del Cuerpo... ¡Adelante, sí!

Se abrió la puerta. Vi pasar al despacho de mi jefe al sargento de Homicidios Martin Cassidy y al agente uniformado Dan Mac Gregor, de la Patrulla Volante. Se quedaron respetuosamente en pie, esperando a que su jefe les diera permiso para hablar. Yo miraba fijamente al capitán Wolff.

—¿Y bien? —preguntó ásperamente mi jefe, mirando a los recién llegados.

—Capitán, se trata de... del cadáver de Nancy Mac Lane —habló el sargento Cassidy.

Me incorporé vivamente. Les miré, ceñudo. Me anticipé incluso al capitán, aunque sabía que eso no le gustaba:

—¿Qué pasa con ese cadáver, sargento? Hable, se lo ruego.

Cassidy me miró, dubitativo. Luego cambió una mirada con el capitán, que asintió, limitándose a un seco movimiento de cabeza, huraño su rostro.

—Bueno, teniente... —vaciló—. Hemos comprobado que alguien desgarró las ropas de la señorita Mac Lane, las que ella dejara en una silla en... en el *bungalow* que compartía con usted esa noche. Y no sólo eso, sino que... que cortaron con cuchillas de afeitar sus zapatos. Quiero decir que el tacón, la suela y hasta el resto de cada pieza de calzado, fueron cortados, hendididos, desgarrados... Era como si buscaran algo. Algo que, sin duda, nunca encontraron. O fue hallado al final, porque todas sus prendas personales aparecían destrozadas.

—Malditos bastardos... —mascullé, furioso—. Hijos de perra...

—Ya basta, teniente —dijo con sequedad el capitán—. Puede

retirarse. Le informare sobre la cuestión de que hablamos antes de venir el sargento y el agente Mac Gregor...

—No hará falta, capitán —dije fríamente. Sonreí de un modo que debió parecerle raro—. Ni creo que necesite abrirme expediente. Ni suspenderme de modo provisional.

—Teniente, le prohíbo que mencione esos temas ante nadie. Es algo confidencial y...

—Tampoco tendrá que enviarme de patrullero con el buen Mac Gregor, ninguna madrugada, a... a Chinatown, pongamos por caso —dije, sarcástico—. No hace falta dramatizar tanto. No soy de esos que se someten a cosas así. Debí pensarlo antes de decirlo... a menos que quisiera deshacerse de mí con cierta elegancia.

—¡Teniente Maxwell! —masculló mi jefe, ante la sorpresa petrificada del sargento y del policía Mac Gregor—. Si pronuncia una palabra más, tomaré graves medidas disciplinarias contra usted, por...

—Tampoco necesita hacerlo —suspiré. Abrí mi chaqueta. Tiré sobre la mesa mi pistola automática y mi placa. También una credencial en un portadocumentos de piel y plástico. Los tres objetos golpearon con sequedad el vidrio que cubría aquel mueble.

—¿Qué significa esto, teniente Maxwell? —Oí silabear con voz dura, fría, a mi interlocutor.

—Usted ya puede comprenderlo —me encogí de hombros—. Significa... mi renuncia.

—¿Se ha vuelto loco? ¡Un oficial de policía, con ocho años de servicio! ¡Es tirar por la borda toda una vida, una profesión, un futuro!

—Es posible —le miré con frialdad—. A veces, vale más romper con muchas cosas, capitán. Yo quiero saber quién mató a Nancy. Y quién rompió sus ropas y prendas, en busca de algo. Es lo único que deseo conocer en este mundo. Como policía, usted y los reglamentos iban a prohibírmelo. Así, nadie puede prohibirme nada. Haré lo que considere justo. Y nada más.

—Cuidado, teniente. Si esto lo mantiene, si su renuncia es cierta... no todo lo que usted considere justo podrá hacerlo. Ya no será un policía. Será un ciudadano más. Con todos sus derechos, cierto. Pero también con todas sus limitaciones, no lo olvide.

—No lo olvido..., *señor Wolff* —sonreí duramente. Él se irguió,

como si algo le golpeará, al notar la diferencia entre el tratamiento reglamentario y aquel frío «señor», tan poco disciplinario—. Buenos días. Creo que no volveré por aquí... a menos que me traigan por el homicidio de la persona que mató a Nancy Mac Lane...

Caminé hacia la puerta. Estupefactos, pero respetuosos, se apartaron a ambos lados el sargento Cassidy y el agente Mac Gregor. Al abrir, aún me llegó la voz dura y agresiva de mi ex jefe:

—¿Tanto amaba a esa mujerzuela, Maxwell? —me preguntó.

—No, señor Wolff —negué—. Ni siquiera la amaba. Era una simple aventura. Una chica más, en una noche más. Pero ella confiaba en mí. Estaba a mi lado. Y la mataron. Es suficiente para mí. Encontraré a quien disparó sobre ella. Y no me importará lo que me suceda, si él paga lo que hizo... Adiós a todos, señores.

Cerré de un portazo. No sé si estaría arrepentido más tarde, pero me sentía aliviado. Era como romper con muchas cosas. Sólo que entre esas cosas, estaba el capitán Wolff. Y muchas otras cosas: jefes coaccionados, politicastos a quienes se debía respetar, aunque uno supiera que eran unos cerdos sin conciencia...

Todo eso quedaba atrás. Ahora era el ciudadano Kirk Maxwell. Sólo eso. Atrás quedaban ocho años de servicio. Y un grado de oficial de Homicidios. Y un futuro, como dijo el capitán. Pero al otro día, las voces de la Prensa contra la policía local ya no irían conmigo.

—Teniente.

Me detuve. Giré la cabeza. Me quedé mirando a Mac Gregor.

—Escuche, amigo —dije—. Ya no soy nadie. Ni teniente, ni nada. Lo deje todo, usted lo ha visto.

—Sí, es cierto. Lo he visto Aun así, se me hace tan difícil, tenien... Perdone, señor Maxwell. Pero... quería hablar con usted.

—Está bien —bajé los escalones del Departamento Central, hacia la calle—. Hable de lo que sea. Dentro de un minuto habré salido de este edificio. Y ahora, para siempre.

—¿Lo ha pensado bien, ten... señor? —Tragó saliva el patrullero Mac Gregor, enjugándose el sudor, mientras caminaba a mi lado.

—Sí, muy bien —asentí, distraído—. ¿Qué quería decirme?

—Se trata de... de ese cadáver, señor Maxwell...

—¿El cadáver? ¿Qué cadáver? —Me paré en seco, en medio de la escalera, mirándole con severidad.

—El de Nancy Mac Lane, por supuesto —resopló—. Esa chica, ya sabe...

—Sí, ya sé. ¿De qué se trata?

—Hablé con el forense hace diez minutos, señor. Iba a informar de ello al capitán, pero..., a la vista de los acontecimientos..., he creído preferible... informarle a usted antes. Luego daré el informe oficial al capitán.

—¿Qué informe? ¿Qué le dijo el forense? Supongo que murió de una herida de bala...

—Sí, eso sí —volvió a respirar fuerte—. No me refería a la herida, sino a... lo otro.

—¿Lo... otro? —puntualicé, tenso—. ¿De qué habla, Mac Gregor?

—De... de un disco. Un extraño disco de jade... adherido al cuero cabelludo del cadáver, entre sus cabellos...

Le miré casi sin verle. Pero sí sabía lo que me estaba diciendo. Me hablaba de un disco de jade. De algo oculto entre el cabello de Nancy. Algo que, sin duda, buscaba el asesino. O un cómplice del asesino.

Algo que costó una vida humana.

CAPÍTULO II

—No puedo darle ese disco, teniente.

—Lo suponía —suspiré—. Ya le han informado de mi renuncia al Cuerpo, ¿no es cierto?

—Me han informado, sí. Pero no es ésa la razón por la que me es imposible mostrarle el disco de jade, Maxwell —sacudió negativamente la cabeza el doctor Palmer, nuestro forense—. Sencillamente, la pieza no obra en mi poder. Apenas la obtuve se la entregué al sargento Cassidy, para que el Departamento de Homicidios se hiciera cargo de ello, como posible prueba.

—¿Prueba? —Miré fijamente al forense—. ¿Usted cree que puede ser una prueba?

—Yo sé lo que me han dicho —se encogió él de hombros—. Creo que registraran sus ropas en busca de algo. No lo encontraron. Y entre sus cabellos llevaba adherido ese disco, con una cinta adhesiva transparente, allí donde su peinado hacía más difícil encontrarlo. Eso ya resulta raro de por sí, ¿no le parece?

—Sí, muy raro. ¿Cómo era el disco? Me refiero a su tamaño.

—Como una moneda de plata de veinticinco centavos, aproximadamente. Bastante pequeño, como ve. A primera vista me pareció la ficha de un casino o sala de juego.

—¿Y... no lo era?

—No, no creo. Era demasiado bello para eso. No se trataba de un plástico ni una pasta, sino de jade auténtico... y con signos chinos en ambos lados.

—¿Signos chinos? —Enarqué las cejas—. Ella trabajaba en Chinatown^[1], doctor.

—Entonces, quizá tenga relación con su trabajo, no sé. Lo único que puedo decirle es que lo tiene el sargento Cassidy. Quizá él se lo

deje ver.

—Quizá —gruñí—. Pero a estas horas, es posible que el capitán Wolff le haya prohibido tajantemente que me preste la menor ayuda en nada. Y aunque el sargento y yo somos buenos amigos, él no querrá enemistarse con el capitán.

—Sí, puede que sea como usted dice —convino secamente el forense. Parecía meditar sobre algo, mientras yo me dirigía a la salida del laboratorio policial—. ¿Es cierto que la chica estaba en sus brazos, virtualmente, cuando... cuando alguien disparó desde fuera contra ella?

—Sí, es cierto —admití, sombrío—. Era una buena chica. Le gustaba cierta clase de vida, pero no somos moralistas para censurar a nadie, sino hombres, y nada más. Y ella era mujer. Muy mujer, doctor. Pobre chica...

—Entiendo lo que debe sentir. Especialmente, después de haber renunciado a su cargo... Espere un momento —su tono había tenido cierta brusca transición, justo cuando yo salía ya del laboratorio.

Me volví. Le vi abrir un cajón de su mesa de trabajo y buscar algo. Enarqué las cejas.

—¿Qué ocurre ahora, doctor? —indagué.

—Tengo algo que nadie me ha prohibido mostrarle. Incluso puede llevárselo, supongo, ya que nadie sabe que lo tengo aquí.

Me tendió dos cartulinas brillantes. Dos fotografías. Anverso y reverso de una pieza circular, como una moneda. Era un disco con inscripciones chinas. Letras orientales sobre un material evidentemente oscuro. El disco de jade.

Parpadeé.

—¿Usted hizo esta fotografía, doctor? —quise saber.

—Sí. Acostumbro a hacer cosas así, cuando me encuentro con algo curioso, fuera de lo corriente —sonrió el forense—. El disco, en sí, no lo es. Pero sí que lo llevara una chica como Nancy Mac Lane adherido a su cuero cabelludo... Puede quedarse con esas fotografías, por si le parece bien utilizarlas en su servicio. Aunque ya no sea policía, imagino que deseará saber quién mató a la chica y por qué...

—Imagina muy bien, doctor —asentí, ceñudo, guardando las dos fotografías en mi bolsillo—. Gracias por el favor. Quizá éste sea el principio para hallar lo que busco: al asesino de Nancy, sea quien

sea...

* * *

Estaba nublado sobre San Francisco. El aire tenía ese peculiar olor sulfuroso que hace presentir la proximidad de la lluvia. Mi coche oficial estaba esperando fuera, frente al edificio del Departamento Central de Policía. Fui a él solamente para recoger unas cuantas cosas, así como mi impermeable, plegado en el asiento posterior. Con todo ello, regresé a la puerta del Departamento, entregando las llaves del coche a un agente uniformado, con encargo de devolvérselas a capitán Wolff. Luego, me encaminé en busca de un taxi.

—¿Te va bien mi coche para ir a alguna parte, teniente Maxwell?

Giré la cabeza. El deportivo verde oscuro se detuvo junto a la acera, suavemente. Miré a la conductora, que sonreía con cierto aire irónico. Pero sus ojos se mostraban graves y pensativos.

—Hola, Dolly —saludé—. Voy hacia Grant y California.

—Vaya... Eso es la entrada de Chinatown —me señaló risueñamente Dolly Donovan, del *San Francisco Gazette*.

—Exacto —asentí—. Voy a Chinatown. ¿Te va bien esa dirección?

—Evidentemente, cuando una chica que trabajaba en Chinatown ha muerto asesinada en brazos del guapo teniente Maxwell, vale la pena acompañar al teniente hasta la zona oriental de la ciudad, ¿no crees?

Me acomodé a su lado, y ella puso en marcha el deportivo. Le gustaba conducir a mucha velocidad, pero el tránsito de la ciudad no estaba para milagros. La miré de soslayo.

—No soy ya de la policía —la avisé.

—¿Cómo? —Casi pegó un respingo, y tuvo que meter los frenos hasta hacer chirriar los neumáticos, ante el repentino parpadeo ámbar y rojo, de un semáforo. Me miró, asombrada—. No hablarás en serio, ¿verdad?

—Totalmente en serio, Dolly. He renunciado. Presenté mi dimisión.

—¿Y... la aceptaron?

—Estaban deseándolo, no hay duda. No les gustaba mi modo de

obrar. Yo no me detengo ante politicastros, gentuza de alto nivel ni financieros sin escrúpulos. Eso no le gusta a cierto sector de nuestra policía. Tal vez se agarraron a la primera ocasión propicia para degradarme y humillarme públicamente. De ese modo, quizá luego aceptaría sobornos y coacciones, cuando me devolvieran mi graduación. Pero el tiro les salió por la culata. He devuelto mi placa, mi carnet y mi arma. Ya no pertenezco al Departamento en absoluto.

—¿Puedo publicar eso tal como lo has dicho, Kirk? —Le brillaban sus limpios ojos pardos.

—Cielos, no —rechacé—. Eso me costaría una demanda por injurias, firmada por el capitán Jonathan Wolff, de Homicidios.

—Pero se podrá decir que el teniente Kirk. Maxwell ha renunciado a su cargo en la policía, antes que admitir una degradación injustificada —señaló ella.

—Dilo como quieras —resoplé, estudiando su bonito óvalo facial, rodeado de cabellos tan rojos como una llamarada. Y tan rojos como sus gordezuelos labios—. De cualquier modo, lo harás a tu antojo...

—Has sido siempre un buen policía, Max —me alabó ella—. Puedo pegar duro al Departamento, por esta renuncia tuya.

—Añade algo más, por favor —pedí gravemente.

—Lo que digas, Max. Dar noticias es mi oficio.

—Añade que, pese a no pertenecer a la policía, estoy dispuesto a encontrar al asesino o asesinos de Nancy Mac Lane. Que quizá tenga una pista y la esté siguiendo...

—¿La tienes? —indagó ella, curiosa.

—No. Pero me interesa que alguien lo crea.

—¿Quién? ¿La policía o el asesino?

—Ambos —reí entre dientes con acritud—. Tal como se han puesto las cosas, habré que jugar sucio y sin contemplaciones. No me gusta dar cuartel. He sido un policía duro, lo admito. He dado palizas a auténticos «intocables» de nuestra sociedad, y eso escuece, cuando la gente se cree en la impunidad sólo porque tienen un apellido ilustre, muchos millones o una buena amistad con alcaldes, senadores o policías. Todo eso me tocaba pagarlo, al menor fracaso. Y así ha sido.

—No te preocupes. Pondré todo eso. Lo justo para enfurecer a la

policía y para irritar a más de uno. Lo malo es que quizá también preocupe al asesino... y eso sea peligroso para ti.

—Cuento con ello. Cualquier cosa es mejor que no saber adónde ir ni contra quien luchar.

—Recuerda que ya no eres un policía. Si llevas arma para defenderte, necesitaras una licencia. Y si te metes en líos, procurarán hundirte totalmente. El capitán Wolff no es de los que perdonan una humillación, Kirk, tú lo sabes.

—Claro que lo sé. Debo lugar fuerte en esto, Dolly.

—Supongamos que ganas la partida y descubres al culpable. ¿Qué habrás obtenido con ello?

—Una satisfacción total. Habré vengado lo que hicieron con esa pobre chica. Ella confiaba en mí, y le fallé. No es justo que ocurra así. Recuerda algo, Dolly: Nancy Mac Lane, además de tener conmigo cierto... romance, era mi confidente personal.

—¿Confidente, dices? —Se abrieron mucho las pardas pupilas de Dolly Donovan, la más joven y atractiva periodista de todo San Francisco—. ¿Había algún asunto entre tus manos para tratar de conseguir información, a través de esa muchacha?

—Sí —afirmé—. Lo había. Un viejo asunto ya. Algo que nunca se ha logrado resolver en esta ciudad, pese a todos los esfuerzos de la policía. Creí tocar ya el cielo con mis manos, cuando de repente... Nancy fue asesinada. Y ahí terminó todo. Ella hubiera podido conducirme adonde yo quería. A quien yo buscaba. Pero eso se acabó ya. No habrá otra oportunidad, posiblemente.

—¿A quién buscabas, exactamente, Max?

—Al Dragón —dije secamente.

Y ella no dijo nada. No comentó nada. Porque en San Francisco nadie ignoraba qué era «el Dragón». Pero eso sí: todos ignoraban «quién» era.

* * *

«El Dragón de Papel». *Tea house*.

No era esa clase de dragón lo que yo buscaba. Pero, de momento, debía conformarme con esto. Un simple dragón de papel. El nombre de una casa de té en Chinatown.

Era la más vistosa, decorativa y exótica sala de té de todo Chinatown. Predominaba la decoración roja y amarilla, había

numerosos faroles de papel, enrejados orientales y motivos pintados sobre muros y biombos chinos.

Silenciosos, amables servidores de ambos sexos, se movían entre las bajas mesitas lacadas, donde se servía el té tradicional, aromático y a veces con mezcla de exóticas hierbas orientales, según el gusto del cliente.

Li-Chow

fue quien me atendió. Lo hacía siempre con los buenos clientes. Yo era uno de ellos.

—Teniente Maxwell, es un honor tenerle de nuevo en esta humilde casa —se inclinó ceremonioso, con su proverbial sonrisa de amabilidad y cortesía—. Espero ofrecerle los mejores sabores de Oriente, en una infusión deliciosa, que sirva de alivio a su fatiga profesional.

—Muy amable,

Li-Chow

—sonreí secamente—. Espero que sea así. Pero mi fatiga profesional no existe ya. No soy policía. No soy teniente. Sólo soy el ciudadano Kirk Maxwell... y deseo seguir siendo tu buen cliente de siempre.

—Aún será mayor honor para este miserable

Li-Chow,

recibir en su pobre casa a un amigo, a un cliente, que ya ni siquiera es policía. Eso demuestra que el teniente es, ante todo, un amigo sincero y fiel. Por favor, será servido inmediatamente... con todos los honores.

Golpeó un pequeño gong, que retumbó en la tranquila atmósfera de la *tea house*, y una joven china apareció por una cortina de seda salpicada de dragones, llevando una bandeja con infusiones de té, tazas de porcelana decoradas a mano, y alegres servilletas de papel, con inscripciones chinas y bellos dibujos.

—Kwai-Loo, sirve a nuestro huésped como se hace con quienes honran nuestra casa —indicó el risueño oriental, inclinándose de nuevo y señalando hacia mí—. Él es siempre bien venido al *Dragón de Papel*.

La joven china me sonrió dulcemente y se apresuró a servir mi mesa. Yo miré a ambos, pensativo. Luego, hice una repentina pregunta:

—¿Quién es el dueño del *Faro Escarlata*?

Se miraron

Li-Chow

y

Kwa-Loo

con algo que yo imaginé era sorpresa, pero lo hermético de sus facciones orientales me impidió comprobarlo a ciencia cierta. Luego fue el dueño del salón de té quien me dio una respuesta:

—¿De veras le interesa saber eso, mi honorable amigo? ¿Tiene algún interés... policial?

—Ya le dije que no soy policía. Pero puede tener interés, sí. ¿Quién es el dueño?

—Yo más bien diría que es... dueña —rectificó, con suavidad, el chino.

—¿Dueña? ¿Una mujer?

—Eso es. Posee una gran parte de los negocios nocturnos de Chinatown. El *Farol Púrpura* es uno de ellos.

—¿Quién es ella?

—*La Sierpe*.

—¿*La Sierpe*? —repetí, sorprendido.

—Sí, eso es —asintió

Li-Chow

apaciblemente—. ¿Nunca oyó hablar de ella, en Chinatown?

—No, nunca. Al menos, no como un ser humano, normal y corriente. A veces me hablaron de ella, de la Sierpe... como... como una leyenda o un mito.

—Lo es... en parte, al menos —la sonrisa del chino era amable y risueña, pero sus ojillos almendrados brillaban maliciosamente. Para muchos, sigue siendo un mito. Personalmente, muy pocos la conocen.

—¿La conoce usted,

Li-Chow?

—me interesé vivamente.

Para mi sorpresa, él asintió despacio, con un leve y pausado movimiento de cabeza. Su voz era suave, casi melodiosa:

—La vi una vez, muy vagamente —sus hombros hicieron un leve encogimiento, bajo el kimono de seda, negro y plata—. De lejos, desde luego. Ella... ella no deja que la gente se le acerque por cualquier cosa... No le gusta ser contemplada... aunque su

hermosura merecería millones de seres ante ella, mirándola años enteros, teniente Maxwell quiero decir, honorable señor Maxwell...

Sonreí. Los conceptos orientales me eran familiares. Pero una belleza como la que refería, con su peculiar retórica, mi buen amigo Li-Chow,

dueño del salón de té *El Dragón de Papel* tenía que ser realmente fuera de serie. Y la llamaban *la Sierpe*. Me pregunté por qué. Pero había otras preguntas más importantes que hacer a los demás.

—Está bien, intentaré ver a esa deslumbrante dama alguna vez —comenté—. Alguien que se llama *la Sierpe*, que tiene una belleza fuera de serie y que no gusta de verse admirada, ha de ser por fuerza todo un fenómeno.

—Me temo que lo sea, honorable señor Maxwell... —sonrió melifluamente el oriental.

Probé su té aromático. Era delicioso. Casi embriagador. Kwai-Loo se alejaba de mí con su menudo paso, igual que si flotaran sus menudos piecitos sobre la alfombra roja, entre los pliegues del kimono color salmón intenso.

—Un momento,

Kwai-Loo

—pedí.

—¿Sí, honorable señor? —Se volvió ella, con su mejor sonrisa, dulce y como dibujada en una porcelana frágil por la mano de un delicado artista de su país.

—He preguntado por *la Sierpe*, sin saber que ese nombre era algo más que un mito entre las gentes de Chinatown —sonreí—. Ahora quisiera estar seguro, realmente, de que otro de esos misteriosos nombres que sólo se oyen en el distrito chino de San Francisco, no es solamente otro mito más. Me gustaría saber si existe.

—Si existe... ¿quién, mi señor? —indagó dulcemente Kwai-Loo.

—*El Dragón* —dije de pronto.

A la muchacha se le escapó la bandeja de las manos. Rodó por la alfombra, junto con la tetera de plata, las tacitas de porcelana y los aditamentos aromáticos. Algunas de las tazas y platos se quebraron inevitablemente. Traté de ayudarla, inclinándome a recoger las piezas dispersas.

—Lo siento —dije—. Lo siento mucho,

Kwai-Loo.

Si tuve alguna culpa, por la pregunta que te hice, pagaré a Li-Chow

el importe de estas tazas y platos. E incluso el té derramado.

—No, no, no hace falta honorable señor —protestó vivamente Li-Chow,

apresurándose a acercarse a nosotros, haciéndome gestos para que no recogiera el resto de las piezas—. No tiene que pagar nada, se lo aseguro. Ha sido... ha sido un simple accidente. Vamos, vamos,

Kwai-Loo,

recoge todo eso, pronto.

—Ha sido culpa mía, pese a todo —insistí, ayudando a Kwai-Loo

a incorporarse. Miré por encima de su hombro a su jefe. Pero el rostro amarillo era una máscara hermética, inmutable. Pese a ello, me pareció que sus ojillos tenían un brillo especial, excitado. Cuando ya estábamos todos incorporados, recordé con frialdad—: Había preguntado por alguien,

Kwai-Loo.

¿No sabes nada de... del *Dragón*?

Ella me miraba como asustada. Luego, buscó el rostro, la mirada de

Li-Chow.

El hizo un ademán. Demasiado enérgico para lo que acostumbraba. Le dijo algo en chino. Ella se apresuró a ausentarse de la salita, con su paso breve y ligero. Nos quedamos mirándonos los dos.

—Oh, disculpe, honorable señor —de nuevo se pintó la sonrisa en su fría cara olivácea—. Le dije a

Kwai-Loo

que se ausentara a trabajar, eso es todo.

—Espero que sea eso lo que le dijo,

Li-Chow

—suspiré—. ¿O no sería, quizá, que valía más que no respondiera a ciertas preguntas y se largase inmediatamente?

—Vaya... —Li-Chow me miró como pasmado. Por vez primera le vi reflejar alguna emoción cierta—. ¿De modo que conoce nuestra lengua, señor Maxwell?

—No, no la sé —reí entre dientes—. Sencillamente, lo imaginé.

Y me pregunto: ¿por qué? ¿Por qué la hizo marchar? Le hice a ella una pregunta.

—Sí. Lo oí. Una pregunta extraña, honorable señor Maxwell.

—¿Extraña? ¿Por qué?

—Usted le preguntó por alguien... alguien que le causó terror.

—¿El *Dragón*? —insistí.

—Sí, eso es —parecía eludir el nombre, a pesar de que formaba parte de su propia mitología, y lo habría mencionado de niño millares de veces—. No era una buena pregunta para ella.

—¿Por qué no?

—Usted lo vio. La pobre

Kwai-Loo

dejó caer todas las tazas y platos... Se asustó.

—De modo que tiene miedo.

—Todos tenemos miedo.

—¿Todos? —Le estudié fijamente—. ¿Al... *Dragón*?

—Eso es —bajó la cabeza, suspirando.

—Creí que era solamente un personaje, un ser como cualquier otro.

—Es el Mal —recitó sombríamente—. El espíritu maléfico de Chinatown, señor Maxwell.

—Para la policía es algo muy distinto —dije, ceñudo—. Un criminal, un superasesino. Alguien que se esconde en esta zona de la ciudad para protegerse mejor contra la ley, y desde aquí regir una poderosa organización de criminales, que va desde las drogas hasta el asesinato organizado, pasando por las amenazas y los sobornos.

—Para un occidental, las cosas son de un modo. Para el oriental, de otro —sentenció

Li-Chow

gravemente—. Es posible que sea todo eso que usted dice. Pero también hay algo más. El parece escuchar todo lo que se dice. Está en todas partes. He visto a algún hombre preguntar por él... y morir. He visto también a personas de mi raza que contestaron cosas sobre él, o que pretendieron ayudar a encontrarle... y murieron del mismo modo. No, señor Maxwell. No me gusta que lo mencionen en mi presencia. No me gusta hablar de ello. No quiero preguntas. Y no le daré respuestas.

—¿Aunque llegara a saber algo,
Li-Chow?
—insistí.

—Aun en ese caso, señor —asintió él—. Pero confío en que Confucio sea generoso con este humilde servidor suyo, y no le permita saber nada, absolutamente nada de... de ese ser.

No dije nada. Siempre ocurría lo mismo. El muro de la superstición y el terror. En todo el barrio chino de San Francisco era lo mismo. Allí, el *Dragón* era otro mito. Pero así como la *Sierpe* parecía ser un agradable mito humano, el *Dragón* representaba una leyenda siniestra y horrible, que les causaba pavor. Yo sabía que distaba mucho de ser una leyenda. Pero no podía hacer nada por convencerles de que, tras aquel nombre impresionante, sólo se escondía un criminal vulgar aunque, eso sí, tremendamente astuto y despiadado, hasta convertirse en el amo de los bajos fondos de Chinatown, proyectando, además, su siniestra sombra sobre el resto de la ciudad.

—Sería inútil seguir hablando de todo esto —suspiré cansadamente—. Creo que me daríais todos idéntica respuesta. Una respuesta que yo no busco. Olvidemos eso,

Li-Chow,

y hablemos de otra cosa interesante para mí. Me interesaría saber si conoce usted esto...

Saqué las fotografías, mostrándoselas al dueño del salón de té. El oriental las contempló con la misma expresión que pondría un busto de bronce. Ni un solo músculo de su cara se movía lo más mínimo. Estudió cada una de las fotografías y giró hacia mí la mirada, fría e inescrutable.

—Son inscripciones chinas —dijo—. Oraciones de mi país, señor Maxwell. ¿Se trata de algún objeto de arte?

—No puedo saberlo todavía. Sólo sé que es de jade, y mide lo mismo que una moneda de plata de veinticinco centavos. ¿Dónde hay alguna otra parecida?

—Es la primera vez que veo una pieza así, palabra. No soy un experto en arte ni en piezas de ese tipo. Creo que debería ir a un anticuario. Hay uno bueno en la *Calle de los Mil Faroles*...

—¿La... qué? —Parpadeé, mirándole sorprendido.

—Grant Avenue, señor Maxwell —sonrió apaciblemente—.

Recuerde que estamos en las celebraciones del Nuevo Año chino... y Grant Avenue se convierte, para nosotros, en la Calle de los Mil Faroles, con sus desfiles de dragones iluminados y todo lo demás que nos es tradicional...^[2].

—Oh, cierto, ya lo había olvidado —resoplé—. Sí, entiendo. Allí encontraré esta noche un hermoso dragón, de interminable longitud y brillantes colores, bajo su piel de papel de colores... pero no será el que yo ando buscando. De todos modos iré a ver a ese anticuario que dice. ¿Cuál es su nombre?

—Shoong. Fang Shoong, exactamente. Y tiene su establecimiento junto al Gran Restaurante Chino.

—Está bien. Iré allí —asentí—. Y gracias por la información, Li-Chow.

Dé a Kwa Loo mis excusas... por haberla atemorizado tanto con mis preguntas. Ahora ya sé que no es fácil preguntar por el *Dragón*. Y que tampoco es fácil que nadie me dé una respuesta...

Me incorporé, dejando sobre la mesita lacada el importe de la consumición, y con un seco saludo, respondido ceremoniosamente por

Li-Chow,

abandoné su bello y exótico salón de té que, como tantas otras cosas de su raza, se alzaba bajo el nombre del mitológico animal que simbolizaba para ellos los poderes de la Naturaleza, y que sin embargo tanto llegaba a aterrorizarles mencionar cuando su nombre ofrecía otro significado:

El Dragón...

CAPÍTULO III

Fang Shoong era un hombre amarillento, rugoso y apergaminado. Un chino que podía tener todos los años del mundo. Su ropaje de seda negra y su gorro circular, de tono granate oscuro, le daban un aire más flaco e inquietante todavía.

Se quedó erguido frente a mí, contemplándome atentamente, mientras todavía se repetía musicalmente en la distancia de su lóbrega trastienda el campanillazo melodioso de diversas varillas cristalinas, golpeadas al abrir la puerta del establecimiento.

Entre figuras de jade y alabastro, rodeado de jarrones y objetos de porcelana, emergió el dueño del establecimiento para atenderme. Le saludé, cortés, mostrándole las fotografías.

—Tengo una pieza así, y necesito otra igual —dije, con el tono del comprador caprichoso que va en busca de algo poco corriente—. No me importará el precio.

El no dijo nada. Estudió las fotografías a la débil luz de un farol de papel colgado sobre sus piezas de arte, y luego movió negativamente la cabeza, devolviéndomelas.

—Lo siento —dijo—. No tengo ninguna igual.

—Pero puede saber dónde encontrarla —sugerí—. Es arte chino. Es de jade, y tiene este tamaño, aproximadamente.

Le mostré una moneda de plata de un cuarto de dólar. Él le dirigió una simple ojeada indiferente, antes de volver a clavar sus oscuros ojos almendrados en mí.

—Lo siento, señor —repitió, como una cantilena—. Ya le dije que no tengo ninguna. Ni sé dónde puede encontrarla. Nunca tuve ninguna parecida.

—Estoy seguro de que hay más en Chinatown —dije secamente—. O, cuando menos, alguien le habrá hablado de ella, si es que es

pieza única. Porque en ese caso, podré obtener por ella más alto precio...

—¿La vende usted? —Su pregunta suave, sin impacencias, me resultó sorprendente.

—Bueno, si no hay forma de hallar alguna otra que forme pareja, es posible que piense en venderla. ¿La adquiriría usted, Fang Shoong?

—Eso depende de muchas cosas. Ni siquiera sé si es legítima, o una simple reproducción sin valor, señor. Tampoco sé si es antigua o moderna. Tendría que tenerla en mis manos para asegurar tal cosa. Si me trae usted la pieza, en vez de unas fotografías, quizá pueda orientarle... e incluso darle un precio.

—Supongamos que accedo —indiqué—. Pero no a traerla aquí, sino a que usted la viese en un determinado lugar. ¿Vendría usted?

—¿Por qué no? —Se encogió de hombros—. Mi trabajo es comprar y vender.

—Aún no sé si valdrá la pena todo este trabajo. Si es una imitación o una pieza hecha recientemente, ¿qué valor podría tener?

—Muy poco. Exclusivamente el del jade utilizado, y las incrustaciones de oro que he creído advertir en los signos de mi lenguaje, que aparecen grabados.

—¿Y... si fuese antigua? Supongamos que de alguna vieja dinastía china...

—Podría llegar a valer hasta mil dólares. Pero no le aseguro nada.

—Mil dólares... —reflexioné, algo desilusionado. Ciertamente que el viejo anticuario podía estar engañándome y ser muy superior el valor de la pieza, pero aun así, no parecía justificar un asesinato. Tras una breve reflexión, resolví, con aparente firmeza—: De todos modos, pensaré sobre todo ello. Si me decido, volveré con la moneda o le haré llamar. Adiós, Fang Shoong.

El saludó con otra ceremoniosa inclinación, y salí a la calle luminosa, en aquel anochecer festivo para los chinos de San Francisco, en que se iniciaban las celebraciones de su Nuevo Año. La amenaza de lluvia continuaba sobre la ciudad, presagiando un factor negativo para sus celebraciones. Cientos de lámparas de papel bailaban en las aceras, iluminando la avenida Grant con un

exotismo multicolor y risueño.

Me pregunté cómo era posible que en aquel ambiente amable y tradicional, entre aquellos trabajadores chinos que poblaban el abigarrado barrio oriental, pudiera moverse sinuosamente la oscura fuerza del crimen. Y que, de alguna forma, bajo el aire festivo e ingenuo de las fiestas chinas, pudiera encubrirse el delito organizado de alguien a quien todos llamaban el *Dragón*, y cuyo rostro jamás nadie había visto.

Busqué una parada de taxis, puesto que Dolly Donovan me había conducido allí en su coche, y yo no disponía ahora de vehículo propio para regresar a la zona occidental de la gran urbe.

Había una cerca de Stockton y allá me encaminé resueltamente. Dejé atrás la *Calle de los Mil Faroles*, como poéticamente la bautizan ellos durante sus festejos, y me adentré en otra calle menos iluminada, donde los establecimientos chinos habían cerrado ya casi totalmente sus puertas.

Entonces sucedió, justamente.

Entonces se precipitó la muerte sobre mí...

* * *

De un pasaje lateral, perteneciente a una industria conservera china, surgió el camión repentinamente.

El vehículo se precipitó sobre mí, con sus potentes faros encendidos, deslumbrándome, y haciendo rugir el motor poderoso con un estruendo formidable. Giré la cabeza, me quedé cegado, envuelto en luz, viendo venir sobre mí aquel monstruo metálico, de enormes y redondos ojos cegadores, que irremisiblemente me aplastaría contra el muro de ladrillos situado a mis espaldas, dejando mi cuerpo convertido en una piltrafa.

Emití un grito ronco, instintivo, y busqué eludir el impacto mortífero de aquella masa poderosa y brutal. Disponía de muy poco espacio para actuar, y de menos tiempo todavía para intentarlo.

A pesar de ello, poniendo mis fuerzas todas en el afán, entregándome en cuerpo y alma a la tarea vertiginosa y exasperada de salvar la vida, lo intenté. En un espacio de escasas yardas, en décimas de segundo, ante la embestida poderosa e implacable de aquella enorme mole bamboleante, lanzada a todo gas sobre mí...

Borrosamente recuerdo aún hoy día lo que fue aquella pesadilla,

que apenas si dudó un par de segundos en total, desde que viera emerger el camión hasta que mi cuerpo, en un *plongeon* perfecto y oportunísimo, salvaba el impacto del morro del vehículo, precipitándome a un lado, sintiendo el rodar de las gruesas llantas sobre el asfalto húmedo, y casi golpeándome uno de los guardabarros el rostro, cuando caía.

El vehículo se estrelló contra el muro de ladrillos violentamente. Oí chirriar sus frenos en el momento del impacto, así como capté el chasquido de una portezuela al abrirse. Una figura borrosa saltó al exterior, y presentí lo que iba a continuar.

Quizá por ello, instintivamente, dejándome guiar por mis reflejos mentales, seguí rodando y sin dejar de moverme por el asfalto, hasta alcanzar un punto donde se alineaban algunos cubos de basura colectivos, esperando ser recogidos por el servicio de limpieza. Me hundí entre ellos, justo en el momento en que las balas, silenciosamente, comenzaron a hincarse en la negra goma de los grandes cubos, sepultándose en los desperdicios, mientras el arma sólo producía, al disparar, unos secos, sordos sonidos ásperos, que ponían la piel de gallina, en un constante escalofrío.

Un arma silenciosa otra vez. Balas asesinas de nuevo. Pensé fugazmente en Nancy, en mi carrera por los jardines del *bungalow* trágico, la noche antes...

Otra vez ellos. Los asesinos. Los ejecutores de alguien interesado en acabar con Nancy. Y también conmigo. Interesado, sin duda, en obtener un disco de jade cuyo valor no había logrado aún entender...

Maldije entre dientes mi premura en devolver placa y pistola. Ahora hubiera necesitado más que nunca un arma de fuego en mis manos. El conductor del camión, cuyo rostro me había sido imposible captar en ningún momento, dado el destello deslumbrante de los faros del vehículo. Sólo podía esconderme de aquel tableteo sordo, apagado, procedente de un arma automática provista de silenciador.

Ahora no tenía medio alguno de replicar a esos disparos, de enfrentarme de alguna forma al agresor. Cierto que el camión, al estrellarse, había producido un fuerte estruendo y quizá no tardaría en acudir gente atraída por el ruido, pero esos segundos podían ser mortales para mí.

Sin embargo, continué agazapado entre los altos cubos de desperdicios colectivos, sintiendo el mazazo sordo de cada bala, no lejos de mi escondrijo. Unas pisadas firmes se movieron en mi dirección. Temí lo peor, cuando una sombra se recortó allá, en el callejón, contra las luces de Grant Avenue.

El asesino iba a meterse tras los cubos, resueltamente, en busca mía. Eso significaría ser cazado como un animal. Sin posible defensa contra sus proyectiles silenciosos...

Decidí actuar a la desesperada. Cuando dio los primeros pasos y la silueta se aproximó, cargué con violencia contra dos de los cubos, derribándolos. Rodaron hacia él, desprendiendo malolientes basuras. Disparó con una sorda imprecación y la bala pasó silbando, muy cerca de mi cuerpo, para ir a hundirse en el muro de ladrillos, con un choque áspero.

Los cubos alcanzaron, sin embargo, las piernas del tirador. Éste perdió el equilibrio, bamboleándose mientras los cubos rodaban entre sus piernas, amenazándole con derribarle. Ye me erguí dispuesto a intentar algo desesperado que me abriese paso.

Justo entonces aparecieron los hombres en la boca de la calleja.

—¡Eh, mirad! —voceó uno—. ¡Era un camión!

—¡Se ha estrellado contra el muro! ¡Debemos mirar si hay víctimas! —gritó otro.

Eran jóvenes orientales, hablando inglés. Conté cuatro o cinco, todos ellos de veinte a treinta años. El tirador del arma silenciosa debió asustarse. Le oí soltar otro áspero murmullo de disgusto, en la sombra. Luego echó a correr, perdiéndose por el pasaje desde el que surgiera el camión, dispuesto a arrollarme.

Respiré hondo, esperando la llegada de los muchachos de Chinatown, educados ya a la americana. Les debía la vida, eso era evidente. Respecto a su sucedido, les contaría cualquier cosa, menos la verdad. No quería volver al Departamento Central de Policía, esta vez como testigo y víctima de un frustrado asesinato.

* * *

—Hola, Kirk. Te esperaba.

Me sorprendí, clavando mis ojos en ella. Debí imaginar que un sabueso de la prensa como Dolly Donovan no renuncia fácilmente a una tarea cuando tiene una pista entre sus manos.

Pero esta vez ella acertaba solo por simple casualidad. No había pensado ir al *Farol Escarlata*. Estaba allí a causa del segundo intento de asesinato contra mi persona. Y ella parecía haberme estado esperando toda la noche.

—Pudiste quedarte compuesta y sin compañía —reí—. Ya me iba de Chinatown, cuando se me ocurrió venir por aquí.

—Estaba segura de que sucedería así.

—De que sucedería, ¿qué?

—Que vendrías por aquí, Kirk. Tarde o temprano, vendrías. Y has venido.

—Ocurrió algo que me hizo volver y acercarme hasta el *Farol Púrpura* —dije entre dientes, como si gruñera—. Algo serio, Dolly; muy serio.

—¿Muy serio? ¿El qué, por Dios? —Se inquietó, abriendo mucho sus ojos al contemplarme desde su alto asiento en la barra pintoresca y exótica del local, bajo farolillos del color que daba nombre al negocio—. Tú no acostumbras a preocuparte por poca cosa, Kirk.

—No, nunca lo hice, mientras fui policía —sonreí irónicamente—. Espero que ahora no sea diferente y me vuelva demasiado impresionable.

—En resumen, ¿qué ha sucedido?

—Intentaron asesinarme. En Chinatown, hace muy poco rato. Con un camión lanzado sobre mi persona, primero. A tiros, con un arma silenciosa, después.

—Cielos... —Dolly bajó de su taburete, y me contempló más de cerca, a la luz grana y dorada del establecimiento. Puso una mano sobre mi brazo—. Llevas las ropas sucias, un desgarrón en el hombro... y hasta la cara está manchada de barro... Kirk, ¿no pudiste identificar a tus agresores?

—No. Era uno solo. Escapó sin dificultades. No voy armado ahora.

—Y eso, sin duda, alguien lo sabe...

—O simplemente lo sospecha —la miré, pensativo—. ¿Se ha publicado ya la noticia?

—Saldrá en la primera edición matinal. Pero hay noticias que no necesitan las páginas de los periódicos para circular. Sobre todo aquí en Chinatown, Kirk.

—Es posible. Yo pienso de otro modo —rezongué.

—¿Qué es lo que piensas, exactamente? —Me siguió al acercarme al mostrador.

Pedí un doble *whisky* sin hielo. El barman, de raza oriental, me conocía. Me miró asombrado, pestañeó, pero no dijo nada y fue a servirme lo pedido.

—He hablado con algunas personas. Una de ellas pudo informar al *Dragón*.

—¿A quién...? —Ahora fue ella la que pestañeó, alarmada. Miró en derredor. Abundaban los chinos de ambos sexos, en derredor nuestro. La mayoría, jóvenes y sonrientes, muy lejos de la estampa de hermetismo y misterio que escritores como Sax Rohmer han dado a sus criaturas de raza amarilla^[3]. También, pululaban americanos de piel como la mía, más o menos rubios, más o menos bebidos. Parecía inquieta, al reprenderme—: ¿Sigues obstinado en eso?

—Sigo obstinado en muchas cosas —refunfuñé—. Pero el *Dragón* es la primordial de todas. Como te dije, me entrevisté con algunas personas desde que te dejé. Una de ellas es cómplice del *Dragón*.

—¿Por qué supones tal cosa?

—Porque sabían de mis movimientos e intenciones. A alguien no le gusta que siga la pista a un disco de jade verde.

—¿Un... qué?

—Un disco de jade verde. Alguien está preocupado con ello, y pretende parar mis pesquisas de un modo definitivo. Quizá pensaron que metiéndome en el lío de la muerte de Nancy era suficiente. Al no ocurrir así, prueban por otros medios, más directos y contundentes.

—¿Con quiénes has hablado del asunto?

—Con un propietario de salón de té, con una chica que sirve en él, con un anticuario... y previamente contigo, con el agente Mac Gregor, con el sargento Cassidy, con el capitán Wolff y con el forense de la policía. Como verás, no es muy larga la lista.

—Puedes irme borrando a mí —suspiró Dolly Donovan—. Yo no soy cómplice del *Dragón*.

—No, lo supongo —sonreí—. Eres demasiado inteligente para conformarte con algo así. Si acaso... serías el *Dragón* en persona.

—¿Tú crees? —se asombró, mirándome—. ¿Puede serlo una

mujer... o sólo hablas en broma?

—De ese personaje sólo sabemos unas cuantas cosas: que mangonea en el hampa de San Francisco, que Chinatown es su imperio de los bajos fondos, que muchos fumaderos de opio y centros de distribución y consumo de drogas alucinógenas más modernas que el exótico fruto de las adormideras, son explotación y negocio suyo. Y que una red de pistoleros y asesinos se mueve a su mando, protegiéndole. Nadie le ha visto nunca en persona. Nadie sabe qué rostro y qué aspecto tiene. Puede ser un hombre... o una mujer. ¿Por qué no?

—Hablaste antes de un disco de jade.... ¿Qué significa eso? ¿Es la prueba que mencionaste cuando te traía en el coche?

—Sí, parte de ella —suspiré—. El disco está en poder de la policía, después de todo, y por ese lado todo está seguro. Pero ese hecho, precisamente, tiene muy nervioso a alguien... y quisiera saber por qué. Aparentemente, tiene todo el aspecto de ser una vulgar pieza china, válida como dije, medalla, moneda o, simplemente, como adorno artístico. Pero significa algo. Hablé de ella a esas personas. Y casi inmediatamente... intentaron asesinarme.

—¿Era por el disco de jade... o porque siguen pensando que sigues siendo el teniente Maxwell, el temido hombre duro de la División de Homicidios?

—El asesino se arriesgó demasiado. Es como si supiera que no llevaba mi arma reglamentaria. Eso sólo puede indicar dos cosas: o la noticia ha corrido como la pólvora, y soy más popular de lo que creo en Frisco^[4], o... hay un confidente, un espía de esa gentuza *dentro* de nuestra propia policía, Dolly.

—No me sorprende demasiado. Han habido demasiados casos de soborno y corrupción en vuestro Cuerpo últimamente, para no sospechar que existen policías indignos en la ciudad.

—En tal caso, no pretendían matar al teniente Maxwell, sino al hombre que investigaba esta noche en Chinatown sobre algo que les preocupa... y mucho. Y eso sólo pudieron saberlo a través de alguna de esas personas con quienes hablé.

—Pudiera ser, Kirk Pero, en tal caso, ¿por qué venir aquí ahora, al *Farol Purpura*?

—Me gustaría hacer unas cuantas preguntas acerca de Nancy

Mac Lane.

—No te molestes —suspiro ella, mirándome—. Yo las hice ya, y no encontré demasiado interés en mis interlocutores. Nadie parece propicio a hablar de ella.

—Yo quisiera preguntar a determinadas personas. Una de ellas, la propietaria de este local.

—¿La propietaria? —Dolly me miró pensativa, como si dudara de mi buen juicio—. ¿Sabes, acaso, quién es la persona dueña del *Farol Púrpura*, Kirk?

—Sí. *La Sierpe* —afirmé rotundo, clavando mis ojos en ella.

—Vaya, veo que sabes muchas más cosas de Chinatown de las que yo imaginaba —suspiró de nuevo Dolly, sacudiendo su pelirroja cabecita—. ¿Esperas que la *Sierpe* se digne responder a tus preguntas, ahora que ni siquiera eres ya el temido teniente Maxwell, de Homicidios?

—¿Por qué no habría de hacerlo? ¿Tan inaccesible es esa mujer?

—Personalmente, creo que no la he visto sino una vez... y aun así fue a través de esa cortina escarlata que ves ahí. Sólo pudo descubrir su perfil, oír su voz ronca y melosa... y nada más, querido.

Miré al cortinaje que señalaba Dolly. Pendía a mis espaldas, justamente, y separaba el local de un corredor alumbrado igualmente de bombillas carmesí. La cortina era translúcida, y seguramente a través de su tejido, en la penumbra del local, serían sólo visibles las siluetas de las personas situadas allí detrás, en el corredor que conducía sin duda a dependencias privadas, puesto que en el acceso al lugar se veía claramente un letrero que, en la iluminación del club moderno, cobraba una fosforescencia violácea: «NO ENTRAR. PRIVADO».

No había esta vez rastro de silueta humana alguna. Pero sentí un raro hormigueo de curiosidad malsana por llegar a ver, cuando menos, ese perfil femenino que citara Dolly. Tuve en la punta de la lengua una pregunta lógica: «¿Es bonito... ese perfil?». Pero teniendo en cuenta que Dolly también era mujer, me dije que no era oportuno, y mantuve mi boca cerrada.

Ella prosiguió, ante mi mutismo, mientras encendía un cigarrillo:

—No permite que la vean. No recibe visitas. No se deja ver por

aquí. Rechazará toda petición de entrevista. Le gusta el misterio en torno a su persona, evidentemente. O quizá tenga alguna razón para ello, no lo sé aún... Lo cierto es que no te será fácil verte ante su persona, y menos con la pretensión de hacerte preguntas inoportunas.

—Extraña criatura, la tal *Sierpe*... ¿Sabes su nombre verdadero?

—Me temo que nadie lo sepa. O quien lo sepa, no te lo diga —sonrió ella, con aire tan enigmático como me resultaba a mí la personalidad misma de la *Sierpe*—. Tal vez incluso ella misma haya olvidado cómo se llama...

—Evidentemente, Chinatown es un mundo diferente a todos —gruñí, malhumorado.

Y al volverme, algo más allá de la misteriosa cortina roja, vi a Jasmine.

CAPÍTULO IV

Jasmine tenía en sus venas una mezcla de sangre china y americana, por partes iguales. Había obtenido una mezcla singular, exótica y deslumbradora. Su madre oriental le dio los rasgos faciales en parte, el suave almendrado de los oscuros ojos, el aceitunado oscuro de la tez, y el negro de sus cabellos. Quizá también la menuda figura prieta de carnes, sensual y llamativa. Su padre, la sonrisa risueña de Occidente, tina mayor expresividad que la de su raza materna, y acaso su occidentalismo en el vestir, en los ademanes y en el modo de hablar su inglés, aun en pleno distrito chino de San Francisco.

Pese a todo, el trabajar en un lugar como aquél la obligaba a ciertas concesiones, y así, sus ropas occidentales tenían bordados sobre la seda de vivo color, ceñida a sus piernas estupendas, a sus caderas cimbreantes y a sus senos jóvenes y firmes. Además, una abertura lateral llegaba en la falda hasta su muslo, permitiendo apreciar la belleza de sus líneas. No tomaba té ni arroz en pocillo, con palillos chinos, sino *whisky* o combinados, y eludía hablar de su influencia materna todo lo posible.

A pesar de eso, Jasmine me caía simpática. Estaba seguro de que no le gustaba su trabajo ni el lugar donde lo realizaba, pero el sueldo y las comisiones, por alternar con los clientes del *Farol Púrpura*, debían ser lo bastante saneados para justificar que chicas como ella y como Nancy perdieran allí sus noches y sus madrugadas. También tenía la convicción de que era una profesión que la humillaba profundamente, y por eso no quería recordar, siquiera, que era en parte oriental. En su raza, el sentido del honor era algo muy especial, que difícilmente podía olvidarse en cualquier circunstancia.

Me acerqué a Jasmine. Estaba sola. Y me gustaba la chica. Además, había sido compañera de Nancy. Quizá incluso amiga, no podía saberlo. Dolly no podía enfadarse porque la dejara sola en la barra y me ausentase con otra chica. Dolly era sólo una buena amiga. Una periodista. Y nada más.

—Hola, Jasmine —saludé apaciblemente.

Me miró. No sé por qué, me pareció que se sobresaltaba. Y que, en cierto modo, le disgustaba mi presencia allí. Quizá era solamente una impresión errónea.

—Hola —me respondió brevemente. Se quedó mirándome, con sus rasgados ojos oblicuos, muy negros y fulgurantes—. ¿De visita oficial, teniente?

—No —negué—. Ya no soy teniente.

—¿Qué quiere decir? —Enarcó las cejas y cruzó sus piernas. Yo estuve más atento a lo último que a lo primero. Valía la pena—. Todavía es joven para jubilarse, ¿no?

—Magnífico sentido del humor —reí, torciendo el gesto—. No hubo jubilación. No la habrá nunca. No la quiero. He renunciado al cargo. He tirado mi placa. Ya no soy nadie. Sólo el ciudadano privado Kirk Maxwell. ¿Puedo sentarme contigo?

—Claro —asintió riendo. Me mostró sus blancos dientes, nítidos e iguales—. Incluso siendo policía podría hacerlo, Kirk.

—Muy amable... en nombre de la policía —reí a mi vez, acomodándome junto a ella. Tan junto, que sus rodillas me tocaron, pero ella no se movió por tan poca cosa—. Jasmine, tal vez imaginarás por qué he vuelto aquí tan pronto...

De repente, sus ojos almendrados se pusieron serios. Desvió la mirada.

—Claro —susurró—. Lo imagino Kirk.

—Todo eso ha sido terrible. Por su culpa, he renunciado. Pero hay algo a lo que no renunciaré: a encontrar a la persona que mató a tu amiga Nancy.

—Por favor, no hablemos de eso ahora —suplicó Jasmine, mirándome con raro patetismo—. No aquí, ni ahora, Kirk... No debe hacerlo. No es el momento adecuado.

—¿Por qué no? —indagué, seco.

—La noche es para divertirse, Kirk. La gente viene al *Farol Púrpura* a eso: a beber, a reír, acaso a buscar a una chica...

—Yo vine a veces a eso mismo. Encontré a una chica: Nancy. Ahora ya no puede venir a reír ni a divertirse con nosotros. Está muerta. Muerta, ¿entiendes, Jasmine? En un frío depósito de la Morgue. Y mañana estará bajo tierra...

—Kirk, se lo ruego... —imploró ella, angustiada.

Hizo un movimiento tan brusco con su brazo, que derribó su alto vaso de licor. Cayó el recipiente al suelo, quebrándose y derramando su contenido.

—Ha muerto tu amiga, Jasmine. ¿Crees que eso es justo? ¿Sólo porque un bastardo maldito, un sucio hijo de perra la asesinó anoche, estando conmigo en un *bungalow*, confiada quizá en que nadie podía hacerle daño, estando al lado del teniente Maxwell, del famoso y duro teniente Maxwell de Homicidios, a quien todo el mundo parecía temer? ¡Maldito sea yo y toda mi casta, Jasmine, si no entrego a ese cerdo a la justicia, para que se pudra en presidio o se restablezca con él, la pena de muerte en California!

—Perdone, señorita Jasmine. ¿Le molesta este hombre?

Alcé la cabeza bruscamente. Ella también. Era extraño, pero nunca le había visto antes de encargado, con negra blusa china y pantalón gris, parado súbitamente ante nosotros, y contemplándome con mirada amenazadora. Debía ser nuevo en el local... Y era occidental.

—No, no —se apresuró a negar Jasmine vivamente, casi asustada—. No me molesta en absoluto. Es... es un amigo, un buen amigo, el teniente Maxwell, de la policía...

—No, señorita Jasmine —negó fríamente él—. Este hombre ya no es policía. Le mintió, si le dijo esto, y pretendió abusar de su autoridad para...

—No, él no me dijo eso. Ya sé que no es policía, pero yo...

—Escuche, amigo —corté fríamente, incorporándome de un salto y encarándome bruscamente a mi interlocutor, con gesto agresivo, dominando a duras penas mi irritación—. Ella sabe muy bien que no soy policía. No acostumbro a mentir. Y no lo soy por propia voluntad, cosa que usted debe saber también, ya que parece tan bien informado. Tampoco la molesto. De modo que déjenos en paz y cumpla su verdadera misión, si tiene alguna. No es la primera vez que vengo aquí. Ni será la última, a menos que algún rufián me envíe al mismo cementerio adonde enviaron a Nancy Mac Lane, que

anoche todavía trabajaba aquí... cosa que no podría asegurar de usted.

—No sé si molestaba a la señorita Jasmine, señor ex policía —me replicó agriamente mi interlocutor—. Pero lo cierto es que sí está molestándome a mí, y que yo soy el encargado y responsable de este local. Por tanto, le invito cortésmente a que salga en el acto del negocio o...

—¿O qué... señor encargado? —Sonreí malignamente.

—O irá a la calle, de otro modo mucho menos cortés y correcto —silabeó él con frialdad.

Nos contemplamos con mirada gélida. Rígidlos los dos. Jasmine, asustada seguía en su asiento, sin atreverse a intervenir lo más mínimo. Mirándonos a uno y otro, trémula.

—Me temo que comete un error —susurré—. No insista. Me quedo.

—No se queda. Se va. Será mejor que por su propio pie, señor.

—¿Iba a echarme usted? —mi sonrisa se endureció más aún.

Allá, al fondo, Dolly asistía a la escena, entre divertida e intrigada. Parecía llena de curiosidad por saber cómo iba a terminar todo aquello, aunque creo que, en el fondo, lo sospechaba.

—Si me obliga a ello..., sí —afirmó él, rotundo.

—Bien —suspiré, bajando mis brazos—. Adelante. No llevo armas. Empiece, amigo. Y recuerde que usted empezó todo esto, no yo.

—No tengo por qué recordar nada —me atajó él, sin moverse lo más mínimo—. Será usted el que deba pensar, y mucho, sobre todo esto. Pero le advertí antes de que fuera irremediable. Esto no es culpa mía, señor Maxwell.

Pareció como si fuera a continuar sin hacer nada. Era un truco. El tipo era un blanco, un americano como yo o cualquier otro. Pero actuó como el más experto oriental, especializado en ello.

Me atacó con una terrible, demoledora llave de kung-fu.

Tan diestra y velozmente, que en sólo unas décimas de segundo me tuvo a su merced y me derribó aparatosamente, junto con dos o tres mesas bajas y unos asientos, entre gritos de sorpresa y temor del público...

Reconozco que aquella llave vertiginosa, y muy diestramente aplicada, me sorprendió totalmente, pese a que esperase una agresión violenta. La técnica de mi antagonista me dejó perplejo. Y la perplejidad, en determinadas circunstancias, cuando uno tiene enfrente a un luchador experto en

kung-fu

o karate —que en el fondo no dejan de ser lo mismo, sólo que su nombre varía según sea la lucha de origen chino o japonés—, puede serle a uno funesta. Hay golpes mortíferos en ambas artes marciales de Oriente. Y me quedó la duda de si mi rival estaba dispuesto, en segundo término, a utilizarla conmigo de modo definitivo.

No quise despegar esa duda a costa de mi vida. Era un riesgo inútil. Mientras volaba por los aires con muy escasa marcialidad, por culpa de ese arte marcial llegado de Asia, y tan popularizado últimamente en todas partes por el execrable cine chino de Hong Kong, o por los falsos pacifismos de los magnates de la televisión en celuloide, pensé en todo ello. Y al caer de espaldas entre los muebles, tazas, vasos y demás objetos, con un regular estruendo, había tomado mi propia decisión al respecto, en medio de las brumas que pugnaban por entorpecer mi mente, al tiempo que el dolor sacudía mi cuerpo.

Y esa decisión fue puesta en práctica de inmediato. Después de todo si él conocía el

kung-fu

chino, yo dominaba el karate japonés. Era un empate en conocimientos. Pero de momento él llevaba ventaja sobre mí. Había marcado el primer tanto, en su score particular. Procuraría que fuese también el último.

Y lo fue.

Cuando se precipitó sobre mí, no sé si para rematarme o para dejarme lo bastante maltrecho como para arrojarme del local a puntapiés, se encontró primero con mis pies, que se dispararon como ballestas de acero, golpeándole ferozmente el cuerpo. Aulló, saltando atrás como un monigote. Le vi estrellarse sobre unas parejas asustadas que, al hacerse a un lado, le dejaron caer sobre el mostrador. Manoteó, derribando varios vasos y botellas, con estrépito.

Acudieron rápidamente dos camareros enjutos, fibrosos y elásticos como panteras. Dos chinos a quienes tampoco recordaba haber visto jamás en el *Farol Púrpura*. Y no soy de los que dicen que todos los chinos son iguales. Sé distinguir perfectamente a uno de otro. Palabra.

Eran ya tres adversarios porque, evidentemente, ninguno de los camareros acudía con el sano propósito de separarnos. Por el contrario: formaron frente común con él y ante mí. Eran mis nuevos enemigos. Y por sus ademanes, era obvio que sabían igualmente kung-fu o cosa parecida.

Me erguí, saltando sobre ellos pero manteniendo prudentemente mi guardia cerrada. Me atacaron por los tres frentes posibles, ya que mis espaldas era lo único a cubierto. Un tipo amarillo a mi izquierda, otro a mi derecha, y el blanco encargado al frente...

Me cerraban toda posible salida. Y me iban a atacar de modo simultáneo, aunque todavía se le veía aturdido y vacilante al violento encargado del local. Por ello presté mucha mayor atención a mis flancos. Y disparé hacia allá mis manos abiertas, mis brazos doblados con energía y potencia, cuando empezó el acoso.

Al mismo tiempo, una de mis piernas se disparó contra el hombre de mi propia raza. Las consecuencias fueron mejor de lo previsible. O ellos no eran tan buenos luchadores como yo me temía... o yo era notablemente superior a mi propia estimación como tal.

Lo cierto es que un cuerpo amarillo saltó como si le hubieran soltado un martillazo en la cabeza, cuando mi mano le alcanzó con un áspero, seco, golpe de refilón en plena boca. Sus dientes chascaron, y la sangre escapó entre trozos de huesos por su boca deformada. El otro se limitó a esquivar, eludiendo a medias el impacto contra su garganta, aunque sin poder evitar que mis dedos duros y macizos le alcanzaran la cabeza, encima de sus cejas. Cayó dando volteretas, con un aullido terrible de dolor.

En cuanto al encargado del *Farol Púrpura*, sufrió las peores consecuencias del desigual choque: le vi brincar espasmódicamente con un gesto de asombro en su rostro, cuando mi flexión de pierna y el ulterior disparo de pie contra su hígado, le dejó parado en seco, sin aliento, boqueando en busca de aire respirable, blanco como el

yeso. Luego, se desmoronó ante mí con un jadeo que a muchos les pareció el estertor de un moribundo, aunque yo sabía que ninguno de mis golpes era mortal.

Cuando estaba recuperare me del esfuerzo, jadeante y sudoroso, en busca de un merecido respiro... otros dos camareros orientales, tan desconocidos como los anteriores, hicieron acto de presencia ante mí, entre las columnas del local, y se movieron veloces como panteras, para atacarme.

—¡Quietos! —ordenó una voz, tras la cortina escarlata—. ¡Nadie se mueva!

Aquella voz ronca, melosa... me recordó algo, Un comentario de Dolly Donovan. Aun antes de volverme hacia el cortinaje escarlata, mientras los dos chinos se inmovilizaban extrañamente, supe que iba a ver, al fin, a la *Sierpe*.

* * *

La Sierpe...

Creo que nunca olvidaré ese momento, mientras viva. Resulta extraño hablar así cuando se tienen casi treinta años y se ha vivido lo suficiente, incluso en los bajos fondos de una ciudad como San Francisco, y en un lugar como Chinatown, para estar curado de espantos. Pero ella... era diferente.

Diferente. Ésa es la palabra, sí. No existiría otra mejor para describirla.

Allí estaba la *Sierpe*. Tal como la describiera Dolly Donovan. Tal como yo la imaginaba, desde entonces.

Extraña, misteriosa. Sorprendentemente, pese a su proximidad, tras aquel cortinaje rojo intenso, iluminado de un modo casi fantasmal, tras el tejido carmesí. Un perfil. Una silueta de mujer casi mítica. En nuestros tiempos, creo que sólo en un lugar tan insólito como Chinatown podían suceder cosas así. Y existir una mujer así. De haber sido yo de más edad, me hubiera evocado a Theda Bara, a Pola Negri o a Marlene, la inimitable Marlene de otros tiempos... Pero yo sólo conocía a esas *vamps* sofisticadas, de los tiempos del *cinema* silente, por simples referencias o por la televisión. Ahora... ahora tenía ante mí a una criatura que quizá superaba todos esos clisés *demodés* y un poco «retro», como se dice hoy en día.

Aun así, la *Sierpe* era algo fuera de lo común, al menos en su presencia, su silueta, su magnetismo, que parecía brotar en oleadas intangibles desde el cortinaje.

Alta. Muy alta. Bella, estilizada figura, envuelta en un atavío indudablemente ceñido, adherido a sus curvas suaves, sensuales, armoniosas. Cabellos largos, nariz clásica, boca carnosa, mentón agresivo, brazos bien torneados, manos raramente vivaces, vibrantes, como dos sombras chinescas representando un par de fugaces palomas...

Su voz, ciertamente, era un susurro ronco y dulzón, mezcla de autoridad y voluptuosa persuasión:

—No ataquen a ese hombre. No sigan con la violencia. Fuera todos. ¡Fuera de mi local!

Ellos, los dos camareros chinos recién llegados, así como el menos dañado de los anteriores, no parecían dispuestos a obedecer. Pero, aparte el poder persuasivo de la dama, existía algo muy concreto para forzarles a hacer lo que no les gustaba: un singular, voluminoso, gigantesco individuo oriental, de aire mongólico, de cráneo rapado hermético rostro como de piedra tallada, color amarillo, y kimono amplísimo, negro y oro. En su mano llevaba una pistola «Luger *Parabellum*» de gran calibre, provista de silenciador. Les apuntaba directamente a ellos. Y era evidente que si la dama lo ordenaba, el tipo haría fuego, sin muchas vacilaciones.

Observé a la sombra silueteada en la cortina. Y al gigantón erguido en la misma entrada donde se anunciaba que era zona privada. Los chinos también miraban a una y otra figura, indecisos, pero retrocediendo paso a paso. Parecían furiosos. Uno dijo algo en chino.

Ella replicó en inglés, frío y decidido. Pero, evidentemente entendía lo que le habían dicho:

—No me importa. No me ajustáis ninguno de vosotros. Sois escoria. Id y decidle eso a vuestro amo. Estoy harta de aguantar.

Otra vez uno de los orientales se expresó con rapidez en chino. El gigante mongólico se excito, replicando con dureza, en la misma lengua, mientras su dedo se curvaba peligrosamente sobre el gatillo. Los chinos se apresuraron a correr, llevándose consigo a su compatriota sangrante, que yacía sin sentido tras recibir mi golpe en su boca. También el encargado se erguía, tambaleante, para

unirse a ellos en la retirada.

—Ya basta, Yi —cortó fríamente la voz de la *Sierpe*, haciendo callar a su poderoso esbirro—. No discutas con ellos. Se marcharán. No me asustan sus amenazas. Si es preciso enfrentarse a lo peor lo haremos. Pero no tolero injerencias ni coacciones. ¡Fuera he dicho!

Su hosca voz final terminó el incidente. Los individuos salieron en tropel del *Farol Púrpura*. Aún no había recuperado yo el dominio de mi habla, cuando la oí remachar con voz glacial, que no pretendía ser amable en absoluto:

—Ruego me perdonen todos ustedes, señoras y señores. Sigán divirtiéndose, si gustan. Pidan lo que deseen. Esta vez invita la casa, para compensarles del mal rato sufrido... Espero sepan disculpar el incidente. Gracias, muchas gracias... —Hizo una corta pausa. Luego, inesperadamente, al ponerse en marcha su silueta, camino del fondo penumbroso del cortinaje carmesí, añadió con firmeza—: Usted, venga. Sígame. Le espero, señor Maxwell...

Me quedé de una pieza. Giré la cabeza, buscando con la mirada a Dolly Donovan. No la vi por parte alguna. Y decidí obedecer.

Seguí a la *Sierpe*, vigilado de cerca por el inquietante coloso de apariencia mongólica. Pasé la cortina escarlata.

CAPÍTULO V

La Sierpe...

Al fin frente a ella. Cara a cara. Sin cortinajes por medio. Mirándonos al rostro.

Ya era algo más que un perfil de sombra en una cortina. Mucho más que un mito. Era... una mujer. La más hermosa que jamás conocí. Posiblemente, la más hermosa que jamás conoceré.

—¿Cigarrillos, señor Maxwell? —me ofreció, ante mi incertidumbre, sonrió desdeñosa—. No son drogas. Yo no soy la hija de Fu-Manchu, ni nada parecido. Sólo soy... *la Sierpe*.

Sacudí la cabeza. Tomé uno de los cigarrillos, y prendí mi encendedor para darle fuego a ella, aunque no parecía necesitar fuego de ninguna clase. Bajo aquella apariencia de hielo, debía bullir un volcán. Encendió su cigarrillo. Yo prendí el mío, mientras hablaba parsimonioso:

—No pensé que fuera a drogarme. Sencillamente, estoy sorprendido, eso es todo.

—Sorprendido... ¿por mí? —sonrió ella.

—Quizá —admití—. Y por estar ante usted. Dicen que es casi algo prohibido.

—No me gusta la gente —señaló los muros de su despacho—. Éste es mi santuario. Dirijo negocios. Nunca se deben mezclar los negocios con... las relaciones sociales o sentimentales.

—Sí, lo entiendo —miré las paredes. Decoración de dragones, en oro y ocre. Pebeteros humeando incienso penetrante; jarrones de lapislázuli o de porcelana Ming. Velones y lacas, tapices de seda, jades y marfiles, bambúes y bronce orientales, y hasta un gong de plata sobre soporte de laca y bronce, con un batintín igualmente de plata, con letras chinas.

Dos ventanas sin paisaje, con vidrios negros, mostraban celosías de retorcidas formas chinescas. Todo, allí, era puramente oriental. Todo... menos la *Sierpe*.

Y, sin embargo, sus ropas lo eran, como lo eran sus joyas de plata y jade, de oro y marfil. Como lo era su propio aire misterioso y exótico. Pero el rostro pálido, suave, ovalado, de sensual expresión, era puramente occidental, aunque sus ojos verdes tuvieran rasgos alargados, casi oblicuos sin llegar a serlos. El cabello era sedoso y negro, las manos mostraban largos y sensitivos dedos, rematados en uñas esmaltadas de color oro...

—No sé si lo entiende o no, señor Maxwell, pero usted es el primer visitante que entra aquí, en mucho tiempo —habló ella.

—Me siento confundido por ese honor —murmuré—. ¿Puedo preguntar a qué se debe?

—Puede preguntarlo, pero dudo que la respuesta le aclare mucho las cosas. Quería hablar con usted, eso es todo. Especialmente, tras lo ocurrido esta noche en mi club.

—¿Se refiere a esos luchadores de kung-fu?

—Sonreí—. ¿No son empleados suyos?

—Lo eran. Ya han sido despedidos.

—Anoche no estaban aquí. Ni otras noches tampoco. Han durado poco el trabajo.

—Eso es cosa mía —cortó la *Sierpe*, hermética.

—Posiblemente. Pero... ¿es usted quien los contrató?

—¿Quién iba a serlo si no? —Me miró con fijeza, desde detrás de la suave cabecilla aromática del cigarrillo oriental que fumaba—. Aquí, yo soy la dueña.

—No lo dudo. Pero parecían gente impuesta por la fuerza. Digamos que gente de... del *Dragón*.

Esperaba calurosas negativas o agrias evasivas por parte de ella. Me llevé otra sorpresa. La vi sentarse tras una mesa salpicada de adornos y de útiles orientales.

—Eran del *Dragón* —suspiró.

Me incliné hacia adelante. En un ángulo del santuario de la *Sierpe*, como una estatua viviente de carne, su esbirro, el gigante de nombre breve: Yi, con su pistola abultando bajo el kimono negro. Evidentemente, no la necesitaba conmigo ni con ningún otro

visitante.

Sus brazos eran moles ciclópeas de músculos, sus manos eran dos martillos formidables. Me estremecí, imaginando lo que sería capaz de hacer con un adversario, en un duelo a muerte. Aquellos dedos eran capaces de triturar a un hombre como yo.

—Veo que no se anda con rodeos —murmuré—. ¿Le fueron impuestos, entonces?

—Sí. Existen coacciones así en Chinatown. El *Dragón* es el amo de todo, usted debe saberlo bien, puesto que ha sido policía tanto tiempo.

—Lo sé muy bien —la estudié reflexivo—. Todo Chinatown parece saber que he dejado de ser policía.

—Las noticias vuelan aquí —sonrió ella, glacial—. Pese a todo, ha vuelto.

—Sí, he vuelto. Por Nancy Mac Lane. Y por muchas cosas más.

—Nancy Mac Lane... —repitió con un suspiro—. Pobre chica... Al principio, pensé que usted podía ser uno de los policías que se venden por dinero, y que tenía algo de culpa. Luego he sabido que no era así. ¿Por qué ha dejado su Cuerpo? Eso no beneficiará sus pesquisas.

—No me importa. Sé que encontraré al que mató a Nancy, tarde o temprano.

—Está muy seguro de s: mismo. Y eso, aquí, es mala cosa. Hace poco estaba en apuros...

—Aún no me habían vencido esos rufianes, cuando usted intervino...

—Ya lo sé. Quizá hubiera ganado a todos. Pero la próxima vez no serían cinco, sino diez. O veinte. Hasta que terminen con usted. ¿Le gusta suicidarse?

—Amo la vida —rezongué—. Y todavía estoy vivo.

—¿Por cuánto tiempo?

—¿Me ha llamado a su despacho para hablar de mi vida? —repliqué.

—No —negó lentamente la *Sierpe*—. Le he llamado para otra cosa. Quería preguntarle si sabe usted cuántos hombres de esa policía que ha abandonado están podridos hasta los huesos, y vendidos al *Dragón* y a sus asalariados...

—Lo sé. Muchos. Pero ignoro los nombres. De haberlos sabido,

el capitán Wolff hubiera tenido que escuchar cosas mucho más desagradables de las que escuchó hoy de mis labios. ¿Le preocupan los policías corrompidos?

—Me preocupa el estado actual de Chinatown. Esto es un cáncer. Y se extiende velozmente. Los fumadores de opio han proliferado en estos últimos meses. Existen clubs de alucinógenos. Las drogas circulan masivamente. Es el gran negocio del *Dragón*. Él lo controla todo. Yo tenía un amigo traficante en LSD. Ahora está muerto. Le hizo asesinar al *Dragón*. No tolera competencias. Es un monopolio. El monopolio del vicio y de la muerte. Hay que hacer algo contra todo eso.

—Es lo que intento hacer.

—¿Usted solo? —Ella hizo un gesto desdeñoso en su hermoso, extraño rostro—. Pierde el tiempo. Y perderá la vida, Maxwell, por duro y capacitado que se crea usted. Es mejor que recapacite. Si, al menos, tuviera cooperación, la ayuda de un policía íntegro y honesto...

—¿Existe ese raro espécimen? —pregunté, con aspereza.

—No sea cínico. Conozco el ejemplo de la cesta llena de manzanas hermosas, donde una sola que está podrida, contagia a las demás. Pero siempre hay alguna que se salva. Yo conozco esa manzana solitaria, Maxwell.

—Yo conocía una —resoplé—: Yo mismo. Pero no me he preocupado de asegurarme sobre los demás, aunque imagino que mi jefe, el capitán Wolff, es un cerdo pero honesto; y el sargento Cassidy, un cabezota medio inepto, pero decente... Sobre les demás, no pondría la mano en el fuego. Ni siquiera sobre esos dos imbéciles... ¿Y dice usted que conoce a un tipo honrado de verdad, en nuestro Cuerpo? ¿Quién es?

—Quizá nunca tuve tratos con él. Es de la Brigada de Narcóticos... Y se llama Wong. Jack Wong... Si quiere vengar a Nancy, y capturar al *Dragón*, busque su ayuda.

—¿Wong? —Fruqué el ceño. Sacudí la cabeza—. No me suena. ¿Chino?

—Mezcla —sonrió ella, enigmática siempre—. Americano, de padre chino... Si alguna vez necesita ayuda, búsquele. Y confíe en él. Creo que lo merece.

—Habla con mucho entusiasmo de ese muchacho —la miré,

sarcástico, creyendo descubrir en ella una debilidad verdaderamente humana, que la hiciera ser algo más que una esfinge de carne y hueso—. ¿Es su novio? ¿Está enamorada de él?

—No —negó despacio—. No es nada de eso. Sólo un amigo. Un amigo a quien le debo la vida... Ahora, señor Maxwell, creo que está hablado todo.

—Casi todo —sonreí—. Si ya me dijo lo que tenía que decirme, ahora le diré yo algo —puse sobre la mesa, bruscamente, las fotografías del disco de jade—. ¿Conoce esto?

Ella lo miró. No sé si era imaginación mía, pero sus ojos brillaban extraños. Sin embargo, el rostro era la bella máscara hermética de siempre. Negó, despacio:

—No, no lo conozco. ¿Qué es? ¿Una antigua moneda china?

—Pudiera serlo —admití, encogiéndome de hombros—. Es de jade verde oscuro. Va grabado por ambos lados. Lo tenía Nancy, al morir. Parece que sus asesinos lo buscaban...

—Nancy... Dios mío —la Sierpe me contempló, pensativa—. ¿Cree que tiene algún valor eso?

—No lo sé. La policía lo tiene en su poder. Yo sólo trato de saber qué valor tendría para el *Dragón* ese disco de jade...

—¿Por qué no le pregunta, mejor a Rosfield, señor Maxwell?

—¿Rosfield? —Parpadeé, sorprendido—. ¿Qué Rosfield?

—El mismo que está pensando: el magnate de la industria conservera en California. Alan Rosfield en persona.

—¿Por qué a él?

—Era... era el protector oficial de Nancy, poco antes de conocerle a usted, Maxwell. Se ausentó un tiempo de San Francisco, por negocios. No sé si ha vuelto ya, pero... Nancy dijo un día que Rosfield poseía un precioso objeto oriental de gran valor, que quería pedirle como regalo... Nunca supe si se lo pidió o no, pero si ella lo tenía al morir...

—Rosfield... —medité, incorporándome—. Gracias por la información...

—Es un placer ayudarle —dijo ella, con su voz susurrante, sin moverse de su butaca de terciopelo rojo—. Yo también lamento el final de esa chica Nancy... Y detesto que el *Dragón* controle todo este barrio...

—Esta noche se ha puesto frente a él, con su actitud, al despedir

a aquellos hombres —le recordé con tono severo—. ¿No teme represalias?

—No —rechazó fríamente—. Sé que las habrá. Pero confío en que no trate de ser demasiado duro conmigo. No le conviene una guerra abierta en Chinatown. Yo también tengo mi propia fuerza, no lo dude.

—No lo dudo —miré a Yi, de soslayo. Luego, la estudié a ella con cierta ironía—. ¿Sabe lo que llegué a pensar esta noche?

—¿Qué?

—Que usted... podía ser el *Dragón*.

—¿Yo? —Ella me miró. Se echó a reír extrañamente. Luego, tuvo un gesto risueño y a la vez enigmático. Negó con la cabeza—. No, no lo soy. Pero podría serlo, claro... Piense que aquí, en Chinatown, cualquiera puede ser el Dragón y fingir que no lo es. E incluso fuera de aquí...

—Exacto —asentí, ceñudo, ya en la puerta—. Incluso fuera de aquí... Buenas noches, señora.

—Buenas noches, Maxwell —musitó ella roncamente—. Y suerte.

Salí de su despacho. Y del *Farol Púrpura*, donde pensé que ya nada tenía que hacer por esa noche.

Ya en las calles de Chinatown nuevamente, llamé a un taxi, tras mirar en derredor mío, por si había algún peligro inmediato. No descubrí nada inquietante en particular.

—Wong... —Iba meditando en voz alta, dentro del coche de alquiler, de regreso al centro de la ciudad—. Jack Wong, de la Brigada de Narcóticos... Tendré que buscar a ese muchacho y hablar con él... Vaya si hablaré con Wong...

* * *

—Wong. Sí, yo soy Jack Wong.

Le contemplé, sorprendido. Era joven. Muy joven para lo que había esperado. Quizá no mayor de veinticinco o veintiséis años. Para ser policía de Narcóticos, un auténtico muchacho. Rostro juvenil, de mezcla de razas, algo más oriental que occidental, de pelo oscuro y ojos almendrados, pero tez más clara, menos amarillenta. Y ropas occidentales, impecables y bien cortadas.

Expresión entre fría y risueña, mirada inteligente, cordialidad

sin humildad A primera vista, el tipo era de mi gusto. Quizá me equivocara, pero parecía de fiar.

—Y yo, Kirk Maxwell —dije—. Hasta hace sólo veinticuatro horas, teniente de Homicidios.

—Sí, lo sé —sonrió.

—Vaya, ¿habrá alguien en esta bendita ciudad que lo ignore? —rezongué, con un suspiro.

—Esta mañana lo trae los periódicos. Renunció usted.

—Oh, los periódicos, claro —recordé a Dolly—. Lo había olvidado casi por completo. Bien teniente Wong. Se estará usted preguntando por que he venido a verle.

—En cierto modo, sí —convino mirándome muy fijo.

—Tiene fácil explicación —hable—. Creo que ambos vamos tras una misma cosa, aunque por diferentes caminos. He pensado que valdría la pena unificarlos. Incluso ahora que ya no soy policía.

—¿Qué le mueve a seguir actuando sin licencia? ¿Nancy Mac Lane, quizá? —me preguntó.

—Veo que está bien enterado. Sí, ella es un motivo, Wong.

—Comprendo. ¿Quién le habló de mí? Durante mucho tiempo, ha ignorado usted mi existencia.

—Si le dijera que ha sido una mujer, y que le debe a usted la vida y le admira mucho, ¿sabría de quién estoy hablando?

—Pues... sí, creo que sí —convino él gravemente—. Maxwell, ¿ha pensado en la posibilidad de que yo no quiera ayudas ni colaboraciones? Habitualmente, me gusta trabajar solo.

—Lo he pensado, sí. Como ha dicho antes, ni siquiera soy policía. No tiene por qué hacerme caso —miré a mi alrededor, al paisaje nublado y húmedo de *Wharf*

Fisherman's

, con sus restaurantes y sus marisquerías, visible a través de las vidrieras del local adonde habitualmente iba Wong a almorzar, a base de pescados y mariscos. Era el lugar donde me fue posible localizarle tras una mañana de búsqueda. Estábamos solos en aquella terraza encristalada. Wong esperaba su almuerzo pacientemente.

El jugueteaba con su cubierto y su servilleta roja, meditativo. Un leve fruncimiento en su tersa frente, era todo lo que denotaba su preocupación.

—Hemos sido colegas —comentó, al fin—. Quizá volvamos a serlo un día, si usted recapacita y ellos también. Incluso tenemos la misma graduación, Maxwell. Sería muy cruel con usted, si le rechazase ahora.

—Puede hacerlo. Seguiré solo. Después de todo, estoy habituado a la crueldad.

—Lo sé —alzó la cabeza y me miró con singular expresión—. Usted también gusta de serlo, en su trabajo, ¿no es cierto? Tiene fama de violento, de áspero, casi de brutal con sus adversarios que quebrantan la ley.

—Admito que lo soy, a veces —murmuré—. Es mi modo de trabajar. Ellos también pegan duro si les dejás. Un criminal no es una persona amable ni cortés.

—También lo sé. Pero usamos métodos diferentes usted y yo, Maxwell. Me gusta más reflexionar, deducir, estudiar los casos, las personas. Y utilizar la violencia sólo en caso extremo...

—De acuerdo —suspiré—. Es un método y lo acepto. Es inteligente, además. Pero en nuestro trabajo, no siempre puede actuar la inteligencia. Se corre el riesgo de ser un policía inteligente... pero muerto.

—Yo estoy vivo —sonrió indefiniblemente el joven teniente Wong, sin dejar de estudiarme.

—Muy bien. Tuvo suerte. Con el *Dragón* puede que no la tenga. Anoche tuve en el *Farol Púrpura* un duro choque. Con cinco luchadores de kung-fu.

¿Cree que allí bastaba la inteligencia para salir bien librado?

Le vi entornar los ojos rasgados, que brillaban maliciosamente. Me intrigó su risita sibilante, al mover afirmativamente la cabeza.

—He oído algo de eso —admitió—. Le doy la razón. Yo también sé karate, teniente Maxwell.

Sonreí. Aquel tipo tenía su método de trabajo, pero seguía cayéndome bien, aunque tuviéramos desacuerdos de matiz. Me incliné hacia él.

—Usted parece saberlo todo, Wong. Pero, por favor, no me llame teniente. No ahora. No me gusta un grado que ya no poseo. En reciprocidad, tampoco recordaré que usted lo ostenta.

—Conforme —aceptó, risueño, mientras un camarero servía ante

él crema de langosta y un delicioso plato de crustáceos con ensaladilla y salsas chinas. Un vino blanco completaba el cubierto. Wong era, además un *gourmet*. No recordaba a ningún policía que comiera cosas así. Tras una pausa, añadió—: Bien. Maxwell. Debo confesar que, a veces, me hubiera gustado tener su carácter. Le admiro por su facilidad de acción. Creo que podríamos complementarnos ambos muy bien. Y no lo digo porque sólo sepa usted utilizar su fuerza física. Sé que es un investigador muy astuto e intuitivo. Nos ayudaremos ambos, si eso le parara bien.

—Excelente —asentí—. Gracias, Wong.

—No me las dé —rechazo—. Usted va a ser para mí un aliado de mucha ayuda estoy seguro. Empecemos por algo: ¿qué busca usted, concretamente, aparte andar tras las huellas del *Dragón*?

—Al asesino de Nancy Mac Lane. Sea él o un esbirro suyo. Al que envió a los luchadores al *Farol Púrpura* anoche. Al que me lanzó un camión intentando asesinarme, para después intentar cazarme a tiros. En suma: quiero acabar con esa organización criminal que controla las actividades delictivas en Chinatown, y que, desde allí, se va a ir extendiendo por toda la ciudad.

—Ya se extiende en un buen radio de acción. Las drogas llegan a todas partes, gracias fundamentalmente al *Dragón* y su organización distribuidora. En la Brigada tenemos ya muchos casos, incluso en Oakland, o en Sausalito. Es como una tela de araña, que se extiende con la rapidez de una mancha de aceite.

—Nancy tenía algo que ellos deseaban —dije—. Esto.

Le puse las fotografías delante. El las examinó con total ausencia de expresión. Luego, me miró fijamente por encima de las dos cartulinas.

—Un disco de jade verde oscuro, con letras chinas grabadas —comentó, sorprendentemente—. Palabras de Confucio, en su mayor parte.

—Cierto —asentí, sorprendido—. ¿Cómo lo sabe? Ahí no se ve tanto detalle...

—No tiene nada de raro —suspiró—. Vea esto.

Y sacó de su bolsillo algo que puso con sencillez sobre el mantel, ante mis ojos.

Era un disco verde de jade, del tamaño de una moneda de cuarto de dólar.

CAPÍTULO VI

—¡La pieza de jade! —exclamé, asombrado, llevando mis dedos hacia ella—. ¿Se la ha dado el capitán Wolff?

—No —rió suavemente—. No es una moneda, Maxwell, Es otra, al parecer idéntica.

—De modo que hay más de una... —murmuré, tomando la pieza circular, cuyo liviano peso me extrañó.

—Hay más de una, sí —admitió Wong—. Pero la que tiene usted ahora en sus manos no es legítima. Sólo una copia de plástico, amigo mío.

—Ahora entiendo... —Estudí su forma, su color—. Parece idéntica en todo...

—No lo es —suspiró el teniente de Estupefacientes, señalándome algo en mi fotografía—. Pueden parecer idénticas a quien no conozca bien los caracteres chinos. Yo, por ejemplo, puedo advertir que la sentencia escrita en el anverso de ese disco fotografiado, no es la misma que figura aquí. Y que el signo que figura en el reverso de su pieza es el de Yang en tanto que el de mi reproducción es el de Ying. Ambos se complementan, porque simbolizan las dos fuerzas fundamentales del Cosmos, según el taoísmo. La parte negra y la roja, unidas, forman la esfera de Tao, o Gran Poder Supremo. Yang es rojo, y es el elemento masculino; Yin, el negro, es el femenino.

Contemplé las diferencias citadas. Me di cuenta de que era como él decía, pero difícilmente podía advertirlo un occidental, por mucho que conociera a los chinos.

Comparé ambas piezas, y moví la cabeza, pensativo.

—Dos discos de jade diferentes —murmuré—. ¿De dónde obtuvo su copia, Wong?

—Del que tuve una vez en mis manos. Me fue imposible apoderarme de él, pero llevaba una pieza de cera plástica, y en ella moldeé rápidamente ambas caras, encargando una copia a un experto.

—¿Quién lo poseía?

—Un hombre llamado. Wu-Tsing, llegado de la China Continental. Dijo que otro hombre tenía un disco igual, y que era la única herencia que poseían de su augusto padre, muerto de tumor cerebral en Pekín, hace no mucho tiempo. El otro disco lo poseía su hermano Li Tsing, residente en California. Un hermano buscaba a otro, y el disco parecía ser la razón. Por cierto, Maxwell, antes de que me lo pregunte usted: el tal Lao-Tsing estaba metido en un feo asunto de contrabando de opio. Pero no obtuve pruebas contra él, y me vi obligado a soltarlo, junto con su disco de jade. Creo que trabajaba para el *Dragón*.

—¿Y sigue trabajando para él ahora? —indagué.

—No —negó vivamente Wong, saboreando su crema de langosta—. Está muerto.

—¿Muerto?

—Asesinado —sonrió fríamente—. Aunque, en apariencia, murió en un accidente, en los muelles de San Francisco, sé que fue un asesinato. Alguien dejó caer sobre él una carga, desde una grúa del puerto. No pude probar el homicidio, pero lo era. Y el disco no estaba en su poder. Sólo el día antes había recibido una llamada anónima, ofreciéndome el disco de jade y una información sensacional, que valía un millón de dólares.

—Un millón de dólares... —murmuré—. Demasiado dinero, incluso para el *Dragón*. ¿Qué cree que significan esos discos? ¿La clave para algún tesoro milenario enterrado en China?

—Cielos, sería demasiado truculento —rió entre dientes. Meneó su cabeza negativamente—. No creo que sea eso, pero usted no debe andar muy lejos de la verdad, amigo mío. Algún tesoro muy especial anda por medio, y esos discos pueden ser la clave.

—Valdría la pena localizar a su otro hermano, Li Tsing, ¿no cree? —pregunté—. Quizá el disco de Nancy no es legítimo tampoco...

—Ya encontré a Li Tsing —suspiró Wong—. O, cuando menos, sé dónde trabajó un tiempo, aunque lo cierto es que él ha

desaparecido, sin dejar rastro.

—¿Desaparecido? —Enarqué las cejas—. Eso podría significar...

—Sí. Podría significar lo que usted está pensando: otro asesinato. El *Dragón* no dudaría en una cosa así, con tal de alcanzar un millón de dólares.

—¿Dónde trabajó Li Tsing?

—En una factoría conservera de pescados. Estuvo solo un par de meses. Luego desapareció.

—Una conservera... —Me estremecí—. No sería de la cadena Rosfield...

Los ojos de Wong, clavados en mí, destellaron, maliciosos. Apretó los labios.

—Usted no es ningún tonto, Maxwell —suspiró—. Sí, era de Rosfield. La *Conservera Californiana*, exactamente. ¿Adónde quiere ir a parar?

—A esto: el disco que falta es el que posee el capitán Wolff, de Homicidios, no hay ya duda alguna —murmuré—. Rosfield fue amiguito de Nancy Mac Lane durante un tiempo. Ella le quitó el disco o él lo regaló, aún no sé eso. Y ella, enterada de alguna forma de su valor, tuvo miedo y lo ocultó entre su cabello, adhiriéndolo al cuero cabelludo. Allí, no pudieron encontrarlo los asesinos, cuando registraron sus ropas, sus pertenencias todas...

—Sí, eso es justamente lo que yo había imaginado. Pero ignoraba que la policía tuviera ese disco en su poder. Eso simplifica las cosas bastante. Sólo hay que ir a Wolff y pedirle que me deje examinar su disco, comparándolo con el que yo reproduje. Ha de tener algo que no aprecie en la fotografía, para que ambos, unidos, tengan algo de particular, puesto que los dos hermanos Tsing los poseían por separado, y ambos parecían buscarse mutuamente para unificar su posesión.

—Yo creo que sería mejor, antes de eso, tener una charla con Alan Rosfield —señalé—. Él ha de explicarnos cómo llegó a su poder ese disco... y quizá dónde está ahora, vivo o muerto, el segundo de los hermanos Tsing.

—Pero... ¿es que no lo sabe? —Me miraba Wong curiosamente, mientras apartaba el plato ya vacío de su crema de mariscos.

—Saber... ¿qué? —murmuré con repentina aprensión.

—Lo de Rosfield... Regresaba de una ausencia de varios días,

por asuntos de negocios, cuando su avioneta, repentinamente, estalló en el aire, al parecer por simple accidente... De su cuerpo no se ha hallado el menor rastro, pero se supone que se destrozó en la explosión, sobrevolando ya la Bahía de San Pablo...

* * *

Uno, en aquel caso, iba de sorpresa en sorpresa.

En poco tiempo tenía noticia de tres muertes más que, o mucho me equivocaba o todas ellas recaían inexorablemente en la persona de el *Dragón*. Su organización había actuado de prisa, eliminando a dos jóvenes chinos, herederos de un extraño legado: dos discos de jade verde oscuro, que parecían valer un millón de dólares, aunque su valor real, incluso por artístico y antiguos que fuesen, no podían sobrepasar los mil o dos mil dólares...

Y ahora me enteraba de que también el magnate de las conservas, el amigo protector de Nancy, y sin duda su proveedor, voluntario o no, del segundo disco de jade, había perecido en un raro accidente aéreo... o, cuando menos, había «desaparecido» oficialmente, lo cual venía a ser lo mismo en muy pocas palabras.

A menos que él mismo, Alan Rosfield, fuese el *Dragón* en persona, y desapareciendo de la circulación, fingiendo un accidente mortal, se quisiera poner más a seguro de toda pesquisa. La posibilidad de que el *Dragón* fuese un magnate, un multimillonario capaz de mover una organización criminal tan amplia, había pasado ya algunas veces por mi mente, pero nunca tuve ocasión de confiar esas sospechas.

De cualquier modo, no dejaba de seguir siendo una posibilidad más, y muy remota, a barajar entre otras cien.

Lo único cierto es que el caso se evadía de nuestras manos como agua entre los dedos. Y menos mal que teníamos el disco. El disco de jade verde, que el capitán Wolff poseía, como evidencia del caso Mac Lane...

Jack Wong me habló de ello aquella misma tarde, dentro de mi automóvil, mientras le esperaba en el centro, no muy lejos del Departamento Central de Policía, donde se hallaba la División de Homicidios.

Apenas entró en el coche y se acomodó a mi lado, supe, por su semblante, que las cosas no habían ido bien. Poseía el hermetismo

oriental, pero a veces también acusaba emociones muy occidentales.

Puse el auto en marcha mientras él comenzaba a hablar con su voz sombría:

—No ha habido posibilidad alguna —dijo—. El capitán Wolff es un tipo duro y difícil.

—Es más que eso —murmuré furioso—. Es un cerdo. ¿Se ha negado?

—Rotundamente. Dice que una prueba que figura en Homicidios, no tiene por qué ser manejada por agentes de Estupefacientes. Ya sabe usted, Max, que no dependemos del Departamento Central, y que trabajamos por nuestra cuenta, en colaborar, a veces, con la Oficina Federal. No tenemos autoridad para exigirle al capitán Wolff que nos entregue ese disco que nos permita examinarlo. Por eso lo intenté de un modo estrictamente personal. Se negó en redondo. La prueba está a buen recaudo, y no autoriza a nadie a tocarla, bajo pretexto alguno. El caso aún no ha pasado al Fiscal del Distrito, por falta de pruebas, y él es el único que puede decidir, por el momento, sobre ese disco.

—Me lo temía —refunfuñé, apretando los labios—. Wolff ha tenido la culpa de que yo dimitiera. Si hubiera muchos como él en la policía, esto sería un infierno. Sin él, resultaría mucho más agradable todo. Pero tiene fuerza. Y autoridad. No habrá medio de disuadirle, si ha tomado esa decisión.

—Es lo que me temo —suspiró Wong—. De modo que estamos en lo mismo. Ahora es él quien puede hacerme citar como testigo, y obligarme a decir cuánto sé; considerándolo como evidencias que no pueden mantenerse ocultas. Mientras yo no pruebe que en la muerte de Nancy Mac Lane entran los narcóticos como causa de todo, el asunto seguirá siendo oficialmente de Homicidios. Sólo se lo podríamos quitar a Wolff si probáramos que entra dentro de la jurisdicción de Narcóticos o del FBI. Y eso no es nada sencillo. A fin de cuentas, Nancy no tuvo relación más que con usted y con Rosfield. No existe nexo conocido entre ella y los negocios de drogas de el *Dragón*.

—De sobra lo sé. Es algo que todos sabemos, pero que no puede probarse de modo legal, Wong —arrugué el ceño, furioso, mientras dábamos vueltas por la ciudad—. Eso nos reduce el asunto a una

sola posibilidad.

—¿Cuál? —Me miró intrigado.

—Hurtar el disco de jade —dije yo escuetamente.

—Hurtar el disco... —musitó Wong—. Es una locura. ¿Quién haría tal cosa, dentro del Departamento mismo de policía?

—Yo —me limité responder.

* * *

El automóvil del capitán Wolff se hundió en la madrugada húmeda y neblinosa de San Francisco. Se había demorado un poco en salir esta noche, pero al fin lo había hecho. Es lo que yo llevaba esperando desde hacía más de dos horas.

Abandoné el pequeño bar, situado en la esquina opuesta, y que mantenía abierto toda la noche. Allí me conocían lo suficiente para no sentirse sorprendidos por mi presencia. Caminé hacia el edificio del Departamento Central, con aire resuelto. Al llegar a la puerta, el agente de servicio me reconoció, saludándome mecánicamente. Luego, pareció mostrar cierta perplejidad.

—Creí que no venía ya por aquí, teniente... —dijo.

—Puedes ahorrarte el tratamiento, muchacho —sonreí—. Ya no soy teniente. Ni nada. Vengo a recoger unas cosas mías que aún están aquí, y a despedirme de algunos amigos. ¿Anda por ahí el sargento Cassidy?

—Le vi salir antes. Y no creo que haya regresado. Hubo un asesinato en Nob Hill y...

—Entiendo. Quizá le espere si no tarda mucho —suspiré, apoyándome en el quicio de la entrada. Miré a mi alrededor, con una sonrisa complacida—. Ah, cielos, esto sí que no puede olvidarse jamás... Es como entrar en casa, muchacho.

—Lo creo, teniente —el agente sacudió la cabeza—. No debió dejarnos.

—Tal vez no. Pero ya es tarde para pensar en ello. Luego nos veremos, amigo.

Entré con toda naturalidad en el Departamento. Me pregunté interiormente si todas las acciones de aquella noche me reportarían diez o quince años de prisión. Era la única duda que tenía dentro de mí, al caminar hacia el piso donde se hallaba la División de Homicidios, despreciando utilizar el ascensor. Otra cosa hubiera

resultado rara en mí. Yo nunca utilizaba las cabinas para subir o bajar. Me encanta devorar los escalones de tres en tres.

Llegué arriba. Sabía dónde acostumbraba a guardar el capitán las evidencias y las pruebas de los casos, tras numerarlas y rotularlas con una serie de datos e informes. No iba a ser tarea simple llegar hasta ella, pero confiaba en conseguirlo, siempre que no me tropezase demasiado pronto con el sargento Cassidy o con algún otro funcionario de mi departamento.

Por el momento, iba teniendo suerte. Solamente me tropecé con dos compañeros que me conocían, a quienes conté la misma historia que al de la puerta, y a otro que se limitó a saludarme, imaginando que era un oficial de Homicidios.

Llegué a las oficinas del capitán Wolff, utilizando el acceso posterior, por donde no me encontraría con agentes y mecanógrafos de servicio durante la noche. Era buena cosa conservar el llavero de las dependencias del Departamento. Nadie, ni yo mismo, había vuelto a recordarlo desde mi renuncia, pero ahora podía serme muy útil, en tales circunstancias.

Abrí la puerta posterior, de servicio, y también la que conducía al propio despacho de Jonathan Wolff, capitán de Homicidios de la ciudad de San Francisco. Me sentía más próximo a los delincuentes a quienes yo trataba con rudeza, que del policía que había sido siempre, íntegro y honesto por encima de todo.

Una vez en el despacho, desde los muros me contemplaron con el ceño fruncido los retratos del Presidente de Estados Unidos, del Gobernador y del Jefe Superior de Policía de San Francisco. Eran tres jueces, silenciosos y terribles. El capitán-Wolff, con su macizo rostro de

bull-dog

, se limitó a contemplarme fría y despectivamente desde el retrato de la mesa, que compartía dentro del marco de plata, con su esposa y sus tres hijos.

Hice caso omiso de todos ellos, ocupándome de lo que tenía que hacer allí y que no admitía ninguna demora, si quería llegar a buen fin, antes de que el desastre cayera sobre mí.

Otra llave me franqueó el paso al llamado Gabinete de Pruebas y Archivo. Allí muy pocos teníamos acceso habitualmente. Sólo el propio capitán Wolff, como jefe del departamento, el sargento

Cassidy, dos oficiales más: el teniente Riordan y yo. Ahora, que yo supiera, Riordan disfrutaba de un mes de permiso en Hawái, y eso reducía las posibilidades de ser sorprendido en tal peligroso lugar.

Procedí a cerrar con llave la puerta vidriera del gabinete. No fui tan torpe como para encender la luz. Su claridad podía filtrarse hasta el corredor que pasaba por el lado opuesto, al que daba otra puerta, herméticamente cerrada y asegurada.

Utilicé la pequeña pero potente lámpara de bolsillo que había traído conmigo. Busqué en los armarios metálicos, archivadores rotulados alfabéticamente, de los que solamente el capitán, Riordan y yo teníamos llave. Ni siquiera el sargento Cassidy podía abrir aquel mueble sin autorización previa, y sin serle proporcionada una llave.

Tomé la letra M. Abrí el archivador metálico. En la línea «Me», localicé a Nancy Mac Lane. Había una bolsa de plástico con unas cuantas cosas rotuladas: una bala de calibre 40, unos objetos personales... y el disco.

Contemplé el disco verde oscuro, con su número de identificación y su relación mecanografiada, unidos con papel adhesivo a la pieza. Respiré hondo. Era todo lo que había venido a buscar. Al capitán Wolff le daría un colapso cuando se descubriera el hurto, pero me tenía perfectamente sin cuidado. Aquella prueba sería más positiva y valiosa en mis manos, actualmente, que encerrada estúpidamente en aquel archivador metálico, sin la menor utilidad práctica para las investigaciones, por simple cabezonería del maldito capitán Wolff.

Guardé el disco, con sus papeles mecanografiados adheridos y todo. Si debía reintegrarlo alguna vez, procuraría que fuese en perfectas condiciones, tal como lo había retirado, para que la acusación de Wolff contra mí no fuese tan grave. De todos modos, me había metido en un buen lío, y yo lo sabía mejor que nadie.

De eso no me cupo duda alguna cuando cerré la puerta metálica del mueble y apagué la lámpara eléctrica, para dirigirme hacia el despacho del capitán, ya de salida tras mi muy arriesgada misión en la propia boca del lobo.

Apenas pisé el despacho iluminado, supe que algo andaba mal. Mi instinto no acostumbra a engañarme en esas cosas. Inmediatamente después se abrió bruscamente la puerta del

despacho. E irrumpieron allí todos ellos.

Exactamente, «todos» eran dos policías uniformados, otro de paisano, el sargento Martín Cassidy... ¡y el propio capitán Wolff!

Se quedó mirándome éste con fría, dura expresión. Vi dos revólveres reglamentarios apuntándome sin contemplaciones, en manos de los dos agentes de uniforme.

—Muy bien, ex teniente Maxwell —silabeó con acritud mi antiguo jefe—. Cogido con las manos en la masa, llevándose, sin duda, una prueba importante del propio archivo de la policía... Espero que pueda explicarme esto, antes de que le meta en el calabozo, acusado de intento de robo, allanamiento de dependencias policiales, y un montón de delitos más...

CAPÍTULO VII

Los revólveres seguían encañonándome, cuando puse cuidadosamente ante mí los objetos hallados en el armario metálico. Me limité a advertir secamente al sargento Cassidy:

—Exijo la presencia de un abogado para responder a cualquier pregunta, sargento... Ahí tiene el nombre y dirección de mi representante legal.

Puse varias cosas sobre una mesa, entre ellas la tarjeta del abogan, que Cassidy tomó, vacilante, mirándome todavía con el asombro pintado en su rostro. La voz de Wolff reveló sarcasmo:

—Hágalo, sargento. El antiguo oficial de Homicidios conoce bien sus derechos, de tanto repetírselos a sus detenidos... después de haberlos sacudido a conciencia, conforme a sus brillantes métodos... ¿Qué tal si usted recibiera ahora una dosis de su propia medicina, Maxwell?

—No tendría sentido y usted lo sabe, capitán —repliqué acremente—. Si utilicé la tuerza fue con delincuentes que negaban sus delitos y que aún se ponían arrogantes conmigo. Yo no niego nada. He entrado a apoderarme de un disco de jade verde oscuro que pertenecía a una amiga mía, Nancy Mac Lane.

—¿Lo confiesa? —Centellearon los ojos del capitán.

—Sí, lo confieso —rezongué, malhumorado—. Lo llevo aquí, conmigo. Lo necesitaba para investigar algo que usted no se preocupa de buscar: la razón de una serie de asesinatos, y la identidad de un zar de los bajos fondos de Chinatown: el *Dragón*.

—¡El *Dragón*! —replicó Wolff, despectivo—. Probablemente, ni existe. Es un mito. Una sociedad de delincuentes, simplemente. Una entidad, no una persona definida. Está portándose como un chiquillo. Pero como un chiquillo muy peligroso y muy torpe. Esto

de hoy le va a costar años de cárcel, usted lo sabe.

—Lo veremos, capitán —repliqué, irritado. Sacaba las cosas de mi bolsillo, ante la amenaza de las armas. Miré con ironía a los dos agentes—. No teman nada, muchachos; ni siquiera voy armado...

Deposité sobre la mesa el disco de jade verde. Al hacerlo, antes de que nadie pudiera hacer cementarle alguno, me quedé contemplando la pieza. Algo pasó por mi mente. Recordé un detalle. Fruncí el ceño. Volví a tomar el disco, antes de que Wolff y Cassidy me lo arrebataran. Lo sopesé. Examiné su superficie verde oscura.

Luego, antes de que nadie pudiera evitarlo, lo llevé a los dientes y lo mordí.

—¿Qué está haciendo? —rugió Wolff—. ¡Va a romper una prueba!

—No tema —arrojé, despectivo, el disco sobre la mesa—. No puede romperse. Pesa más que otra copia que he visto antes, pero... no es un disco de jade. Esto es plástico. Una vulgar reproducción. ¿Dónde está el verdadero, capitán Wolff? Ése no es el que examinaron los laboratorios de la policía, hace sólo dos días...

Palideció intensamente Wolff. Cassidy me miró, aturdido. Ambos se precipitaron sobre el disco.

—¿Qué está diciendo? —rugió Wolff, descompuesto—. Eso no es posible, estúpido.

—Parece más liviano, capitán —afirmó Cassidy, perplejo, entregándoselo—. Y el tacto no es el mismo...

Les miré, con indolente sonrisa. Ahora eran ellos los confundidos. Pero Wolff tuvo en el acto una explicación lógica para el hecho. Alzó la cabeza. Me miró, furibundo. De súbito, me señaló con energía:

—¡Kirk Maxwell! ¡Le conmino a que nos entregue el verdadero disco, antes de que le haga registrar totalmente! ¡Esto es un fraude, y forma parte de su plan!

—No, capitán —negué, sereno—. Alguien ha sustituido el auténtico disco, la prueba real, por otra falsa, en sus propias narices, y dentro de este Departamento. Alguien que no era yo, pero que también tenía la llave del despacho, del armario... Eso limita mucho a los sospechosos, ¿no cree, capitán? A menos que haya alguien capaz de haber obtenido copia de sus llaves...

—¡Regístrenle! —ordenó, furioso, señalándome con mano

temblorosa—. ¡Hasta la raíz misma de los cabellos!

—Muy bien —suspíré—. Y usted, sargento, por favor... Llame ya a mi abogado.

Luego, comencé a desnudarme.

* * *

—¿En qué clase de lió estas metido, Kirk?

—Ya lo ves —suspire—. Tienes tema para un buen reportaje, Dolly.

Ella me contempló, asombrada, mientras caminábamos juntos hacia mi automóvil, estacionado la noche antes, no muy lejos del Departamento Central. Me froté el rostro, macilento y barbudo. Me caía de sueño. El interrogatorio y las molestias durante toda la noche, en las celdas y dependencias celulares del edificio, me habían dejado mucho más agotado que cuando yo estaba al otro lado de la escena.

—Supongo que no pensarás seguir con tu juego —murmuró la periodista, con tono de reproche—. Esto de hoy ha sido muy serio, Max. Puede costarte, cuando menos, un par de años de cárcel, si el juez es benévolo. El capitán no va a perdonarte. Te machacara si puede, por la humillación que supuso para él la noticia de tu renuncia voluntaria al cargo.

—Sé que lo hará —resople disgustado. Me paré, volviéndome a mirarla—. Pero lo cierto es que estoy libre, aunque sea bajo fianza y provisionalmente, gracias a los esfuerzos de mi abogado y al dinero depositado previamente. El juicio tardará en verse, cuando menos, un par de semanas o quizá más. Puede ser tiempo suficiente.

—¿Suficiente para qué? ¿Para echarte otros años más de condena encima, o para suicidarte?

—Dolly, si te hice venir hoy, no es para que me llenes de sermones, sino para darte material para tu sección.

—El anterior reportaje ha traído problemas para ti, Kirk. Los policías de esta ciudad te odian.

—No todos —sonreí, encogiéndome de hombros.

—Consideran que les has dado un bofetón con tu renuncia altanera, y que eres una basura, irán por ti como perros de presa. No te dejarán mover, y ahora mucho menos. Al menor desliz te encerrarán, sin posibilidad de nuevas fianzas ni libertades

condicionadas.

—Veremos si son capaces de hacerlo. De momento, vas a publicar lo que te diga. Es algo exclusivo, que va a armar mucho ruido en la ciudad, seguro. Y que no va a gustarle nada en absoluto al capitán Wolff, eso desde luego.

—¿Lo has pensado bien, Kirk? —me preguntó Dolly lealmente, deteniéndose ante m: y mirándome con ojos cálidos.

—Sí, querida —asentí tranquilamente con una sonrisa. Oprimí sus manos calurosamente, con gratitud—. Eres una gran chica. Y lo serás aún más, si esta noche aparece con grandes caracteres tipográficos esa noticia que voy a darte. Créeme que vale la pena. Y nadie podrá perseguirte por falsedades, eso seguro. Aunque posiblemente también se irrite mucho otra persona, en Chinatown.

—¿Quién?

—El *Dragón* —murmuré—. Pero en todo caso, será conmigo y no contigo.

—No importa. Un periodista se debe a su tarea. No tengo miedo a nadie, Kirk. Adelante con esa noticia.

—Sube conmigo al coche. Te la daré mientras conduzco hacia casa. Creo que nunca, como hoy, me hará falta una buena cama... y unas cuantas horas de descanso.

* * *

Ciertamente, Dolly se había portado bien. Aquello era dinamita pura:

«El Dragón asesinó ya a varias personas... sólo por dos discos de jade verde que valen un millón de dólares».

«Los hermanos Tsing, el magnate de las conservas Alan Rosfield y Nancy Mac Lane, víctimas del monstruo de Chinatown. ¿Quién será el próximo? ¿Tiene ya el Dragón los dos discos que él cree son la totalidad de los que precisa para obtener esa fortuna secreta?».

«El segundo disco, robado en el propio Departamento Central de Policía, ante las narices del capitán Jonathan Wolff. Un ex policía, acusado de robo, sólo llevaba una

copia de plástico, sin valor. El ex teniente Maxwell, procesado, no tenía en su poder el disco verdadero, pese al minucioso registro policial».

Reí, poniendo ante los ojos aturridos de

Li-Chow

todo aquel texto mientras saboreaba, impávido, mi taza de té con plantas aromáticas. El propietario del *Dragón de Papel* parecía alarmado. Me miró, apartando el diario como si quemara. Silenciosamente, la bonita y frágil muñequita de porcelana que era su camarera,

Kwai-Loo,

pasó ante nosotros con su paso breve, pero no pudo evitar echar una ojeada a los grandes titulares de la *Gazette*.

—Usted hace mal, señor... —dijo apagadamente

Li-Chow

—. La policía es mala enemiga pero el *Dragón* es peor... Le está desafiando temerariamente...

—¿Te preocupa, amigo mío? —Sonreí—. ¿Quizá simpatizas con el *Dragón*?

—¿Yo? —Se echó atrás, asustado—. Por Confucio, claro que no. Soy un honesto y humilde trabajador, señor Maxwell, un comerciante que no quiere saber nada con el delito ni con los policías... No sé por qué viene a decirme todo eso a mí.

—Muy sencillo,

Li-Chow.

Anteayer estuve aquí, hablando contigo y con

Kwai-Loo.

Poco después, intentaban matarme en Chinatown. Pensé, por un momento, si tú o ella seríais amigos, buenos amigos, del *Dragón*... y le informasteis de mi visita y de cuanto dije.

—Oh, señor Maxwell, qué horrible sospecha —parecía verdaderamente escandalizado, pero yo no me fiaba de él ni de nadie—. ¿Cómo puede imaginar algo así de este humilde y respetable comerciante, que se siente feliz con tenerle a usted en su casa? No tengo relación con los servidores del *Dragón*, puede estar seguro. No me meto nunca con nadie, ni siquiera ser amigo o enemigo de... de ese temido ser. Prefiero vivir siempre al margen

de cosas así.

—Haces bien —suspiré poniéndome en pie. De nuevo

Kwai-Loo

entraba, con una bandeja de servicios de té para la salita contigua a la mía, y me detuve ante ella, impidiéndole avanzar. Su carita de porcelana me contempló con aire ingenuo y dulce. Su sonrisa era digna de figurar en algún tapiz de seda o en una de las tazas de delicado dibujo artesano de su país—. ¿Y tú,

Kwai-Loo,

preciosa criatura? Bajo esa envoltura delicada y quebradiza, ¿no se oculta quizá un enemigo peligroso para mí?

—Kwai-Loo no entiende las bromas del señor Maxwell —susurró ella dulcemente con su sonrisa eterna—. Los occidentales hablan siempre de cosas tan difíciles de comprender...

—¿Tú crees? —dudé, acariciando su mejilla. Era como acariciar seda o alabastro—. Yo me pregunto, en cambio, quién puede comprender lo que pasa realmente tras una máscara tan bonita e inexpresiva como la vuestra... Hasta otro día,

Kwai-Loo...

si antes no me matan mis buenos amigos del *Dragón*.

—¿Matarle? —Sus ojos brillaran, inquietos—. Eso... eso también será broma, ¿verdad?

—No, no siempre son bromas, preciosa —sonreí duramente—. Hay alguien que está informando de todo al *Dragón*. Quizá seas tú. O quizá no. De cualquier modo... ahora voy armado, ¿sabes? Y quien quiera meterse en líos, va a salir malparado... Estoy dispuesto a todo, amigos míos. Incluso a matar. Sí, a matar. Pero voy a encontrar al *Dragón*, donde se oculte. Voy a saber, por fin, quién es ese maldito bastardo. Y es más: voy a intentar conseguir lo que cita el periódico: uno de esos discos de jade, que valen una fortuna. Porque yo sé que no hay dos, sino tres discos. Y es que nadie ha parado la atención en que los hermanos Tsing no eran dos... sino tres también. Nadie ha recordado al pobre Mao-Tsing, el tercer hermano... dueño del tercer disco.

Agité mi mano suavemente, en un saludo cortés, y abandoné el saloncito de té, preguntándome si toda aquella farsa que estaba montando, me conduciría, realmente, al objetivo propuesto.

Poco más tarde, estaba en la tienda de antigüedades de Fang

Shoong, mientras oscurecía rápidamente en Chinatown, haciéndole la misma pregunta; me interesaba por un tercer disco de jade, que era la verdadera clave de todo...

* * *

—Ya le dije, honorable señor, que no poseo disco alguno como el que me mostró usted... —se lamentó apaciblemente el rugoso y apergaminado anticuario, siempre difuso entre sus mil jarrones, estatuillas figuras y biombos.

—Es que ahora es diferente —dije con aspereza—. El tercer disco no es de jade verde oscuro, sino de marfil.

—¿Marfil? —Pestañeó.

—Eso es. Un círculo de marfil de igual tamaño, con la inscripción-clave, que permite interpretar las otras dos grabadas en el jade... Llegaron de China continental en poder de tres hermanos, dos de los cuales han sido asesinados, y el tercero desapareció en el viaje a Estados Unidos. Me consta que alguien trajo al país su disco de marfil, sin conocer su auténtico valor...

—Lo siento —negó despacio—. Tampoco tengo discos de marfil, señor. No tengo nada parecido a las fotografías que usted me mostró.

—Pero podría conseguirlo —dije en voz baja, tras mirar en torno mío—. Usted tiene amistades, proveedores en Chinatown. Alguien aquí tiene ese disco. Y lo pagaría bien. Muy bien. De momento, y como señal, le dejaré mil dólares...

—¿Mil dólares? —Se le abrieron enormemente los ojos—. ¿Para qué?

—Sólo como señal. Fírmeme un recibo y le dejaré la suma, a cuenta de lo que pueda costarle en total ese disco de marfil, si es que lo halla.

—Será difícil, pero... ¿cuánto estaría dispuesto a pagar por un disco así, en el caso improbable de que pudiera hallarlo? —El interés, ahora, era evidente en el oriental.

—Bueno, una suma razonable, claro —dije con tono evasivo—. Pongamos... pongamos que no pasase de cinco mil dólares. Seis mil como tope...

—Esté seguro honorable señor, de que me sentiré muy honrado de poderle servir y tenerle como cliente —dijo, ceremonioso,

mientras miraba con ojos centelleantes los billetes de cien dólares que comencé a poner ante él, resueltamente.

Poco después salía de la vieja tienda, entre el tintineo de sus varillas plateadas, con mil dólares menos en el bolsillo. Pero seguro de haber lanzado sobre Chinatown a un sabueso de piezas raras, que iba a conmooverlo todo con su búsqueda...

Eso, si no era un servidor del *Dragón* y las cosas resultaban de otro modo.

* * *

Wong me contempló desde el taburete en que se acomodaba, sorbiendo lentamente un zumo de frutas. Yo probé mi *whisky*, sin despegar los labios.

—Está metiéndose en un lío tras otro, Maxwell —me reprochó—. Lo de anoche no podía salir bien, ya se lo dije. Suerte tiene de estar libre, bajo fianza. Temí que el capitán Wolff fuese bastante más duro con usted.

—Yo también —sonreí fieramente—. De todos modos, me temo que las cosas se irán haciendo más difíciles por momentos.

—Ha estado dando vueltas por ahí, durante toda la tarde —dijo Wong, pensativo—. Incluso a mis oídos ha llegado.

—¿El qué? —Le miré, haciéndome el ingenuo.

—Vamos, conmigo no disimule. —Miró en derredor, antes de continuar en voz baja—: Esa historia disparatada del disco de marfil... ¿qué esperaba obtener con ella?

—Un disco de marfil —reí.

—¿Se ha vuelto coleccionista? Usted sabe que no hay más que dos discos, y son de jade. Y que sólo hubo dos hermanos Tsing: Wu y Li. No existe ningún Mao...

—¿Hasta eso sabe ya? Chinatown es un mentidero perfecto.

—Lo es. Nadie sabe cómo, las noticias se propagan sólo en minutos. El *Dragón* no puede ser tan ingenuo como para caer en su trampa. No se tragará la historia del tercer disco, estoy seguro. Y menos si tiene ya los dos de jade y ha resuelto la charada como imagino. ¿Para qué podría servirle un tercer disco si tiene lo que buscaba?

—Ni siquiera el *Dragón* puede ser perfecto. Es un ser humano, como todos. Albergará la duda. Intentará algo para salir de ella

cuanto antes. En especial si no está aún demasiado claro, para él, el auténtico significado de los dos discos.

—¿Por qué no habría de estarlo? Si es un oriental, leerá fácilmente esos signos.

—Usted también los ha leído. Wong —le repliqué de repente—. ¿Qué le dijeron?

—Bueno, yo... —El joven policía de Narcóticos me miró, perplejo—. Ya le dije que son dos citas de Confucio. Y están el signo de Tao, los dos símbolos de Yang y Ying...

—Bien, ¿y qué? ¿Vale todo eso un millón de dólares?

—No, pero...

—¿Pero qué, teniente Wong? —le apremié, sin quitar los ojos de su rostro joven e inteligente.

Realmente perplejo; sacudió la cabeza.

—No sé... —admitió al fin—. No sabría decírselo, amigo mío. Imagino que teniendo la clave, sabiendo de qué va con exactitud...

—Teniendo la clave. Eso es, exactamente. La clave. ¿Y cuál es la clave? ¿La tiene realmente, el *Dragón*? —Miré a mi alrededor, precavido. En el *Farol Púrpura* nadie parecía prestarnos especial atención a él y a mí, mientras charlábamos. Era pronto aún, y el club nocturno de la *Sierpe* no estaba muy concurrido. Añadí siempre en voz baja—: Si no fuera así... podría llegar a pensar que la clave es el hipotético disco de marfil del inexistente Mao-Tsing.

—Es muy improbable, Maxwell.

—¿Por qué?

—Le bastará con informarse sobre el padre de los Tsing. Sabrá positivamente que sólo tuvo dos hijos: Wu y Li.

—¿Quién puede informarle sobre eso? ¿El gobierno de Pekín? Llevaría algún tiempo...

—No lo crea —rechazó Wong, pensativo—. En San Francisco hay una representación comercial china. Podrían darle fácilmente esos datos a cualquiera, por una razón muy simple.

—Lao-Tsing, el padre de esos dos jóvenes posiblemente asesinados por el *Dragón*, era un hombre notable en China.

—¿Por qué motivo era notable? —me interesé, de repente.

—Bueno, él... era un hombre de ciencia, un investigador.

—Ya —me froté el mentón. Una idea empezó a bullir en mi mente—. ¿Qué clase de científico? ¿Inventor de armas modernas,

quizá?

—No, no. Nada de eso. Era un pacifista. Condecorado por Mao, pero, pese a ello, parecen existir dudas sobre su posible idea política. Creo que temía un futuro bélico y destructivo. Él trabajaba para la paz. Era un químico importante. Obtenía elementos sintéticos para mejorar la vida en su país... e incluso para combatir la contaminación y cosas así.

—Entiendo. ¿Qué podía tener, que valiese un millón de dólares, un hombre como él?

—No se me ha ocurrido pensarlo nunca. Quizá logró dinero por algún invento, a través de alguna firma extranjera, imagino...

—No, Wong —rechacé—. Hay algo que un científico puede hacer valer millones, siempre que no lo haga público.

—¿Y es...?

—Lo que usted dijo: un invento. Pero un invento que nunca llevó a la práctica, ¿entiende? O si acaso, sólo a título de ensayo en su laboratorio...

—Eso significaría... —Brillaron los ojos de Wong con astucia.

—Una fórmula —concluí con un suspiro, asintiendo.

CAPÍTULO VIII

—Una fórmula... —Revisó nuevamente las fotografías, su copia en plástico. Lo hizo varias veces, bajo la fuerte luz de su departamento. Al final, sacudió la cabeza negativamente—. No, imposible. Esos signos no significan otra cosa que lo que son: máximas de Confucio, frases que todo el mundo conoce... No hay cifras, no hay números. Nada.

Yo me acerqué. Revisé todo aquello, lo mismo que él. Leí las dos breves citas de Confucio. Ciertamente, no me dijeron nada. Les di vueltas y más vueltas, sin ver en ellas nada especial ni particular.

—Sin embargo, ha de ser eso —insistí—. No puede ser otra cosa. Lao-Tsing inventó algo. Algo que valía mucho para alguien. Quizá para todo el mundo. Y quiso legarlo a sus hijos, en vez de donarlo al país en que vivía, en que trabajaba y había nacido. Tal vez al no poseer riquezas pensó que ese conocimiento compensaría la miseria de su legado paterno. Y ni siquiera las autoridades de Pekín sospecharon nada, al salir los dos discos de jade del país. Ello quiere decir que la clave ha de estar muy oculta. Los chinos no son tontos. Sus autoridades examinarían minuciosamente cualquier cosa, procedente de un hombre como Lao-Tsing.

—Estoy conforme, Maxwell. Pero la realidad es la mejor evidencia. No hay nada aquí. Ya ve todo esto. Ni un indicio siquiera. Y el jade es una piedra sólida, recuérdelo. Lo que no esté en su superficie, no puede estar en ninguna otra parte...

Me quedé parado. Alcé los ojos. Le miré con asombro.

De repente, había dicho algo. Algo que me sorprendía e intrigaba. Sacudí la cabeza, perplejo. La idea volvió a bullir en mi cerebro, alocadamente, como ya lo hiciera antes.

—Un momento —tomé con rapidez las fotografías—. Vamos,

Wong. Venga conmigo.

—¿Adónde va? —se sorprendió él.

—A los laboratorios. Quiero hablar algo con los expertos. Es sobre esta fotografía que me proporcionó el doctor Palmer, el forense...

Me siguió, sin entender realmente qué pasaba por mi cabeza, pero en realidad sin concederle tampoco demasiada credulidad en el fondo.

Creo que, poco más tarde, esa misma noche, tuvo motivos para arrepentirse de su falta de fe en mis presentimientos.

* * *

—Sí, Maxwell —afirmó Hugh Lester, del laboratorio de Homicidios—. Usted tenía razón.

Me erguí, excitado. A mi lado. Wong también pegó un respingo de sorpresa y sobresalto. Cambiamos una rápida mirada, llena de esperanzas y de aturdimiento.

—¿Es posible? —murmuré—. ¿Está seguro de eso, Lester?

—Sin lugar a dudas —afirmó—. Quiero que vean esto.

Lo vimos. El pulsó una serie de teclas. En una pantalla electrónica, ante nosotros, se amplió por momentos, hasta una magnitud increíble, la fotografía del disco de jade inicial, el que hallaran adherido a los cabellos de Nancy, el que luego fue suplantado en los propios archivos policiales.

—De no ser así, nunca hubiera sido visible —explicó Lester—. Solamente la ampliación de la fotografía permite apreciar el detalle con nitidez.

—¿Qué detalle? —se interesó Wong, ceñudo, sin desviar sus ojos de la pantalla donde estábamos viendo porciones del disco que, con aquella ampliación, parecían paisajes fantásticos, y no un fragmento de la fotografía que conocíamos.

—Vean esto —se aproximó él, y señaló con un puntero hacia la pantalla, bordeando una serie de marcas oscuras, ahora bastante perceptibles—. En la fotografía no son visibles, porque aunque se hizo con buena luz, el jade queda bastante opaco, dado su color. Al ampliarlo y darle mayor luminosidad a la copia, aparecen esos trazos, que son... inscripciones.

—¿Inscripciones? —Parpadeó Wong—. ¿Dónde? ¿Mi-

niaturizadas en la superficie del jade?

—Miniaturizadas, sí, pero no en la superficie, sino dentro del propio jade.

—¡Dentro! —protestó Wong—. ¡Imposible! El jade es un cuerpo sólido, duro... Nadie puede abrirlo y cerrarlo de nuevo, tras haber grabado algo en su interior...

—Y sin embargo, es así —sonrió Lester—. Yo también me sentí perplejo al principio, porque sé que eso no tiene sentido. Este disco, pese a todas las ampliaciones fotográficas, es una pieza única, sin soldar. Pero de alguna forma, se ha grabado dentro, por algún procedimiento que no alcanzo a entender.

—¿Quizá con el rayo láser? —sugerí.

—Quizá. Pero sería muy complicado.

—Más complicado resultaría grabar donde no es posible hacerlo, Lester —refunfuñó Wong, algo seco.

—Estoy de acuerdo, pero... pero es que ese jade... juraría que *no es jade*, realmente.

Nos quedamos mirándole con renovado asombro. El volvió a sonreír, sacudiendo la cabeza con un gesto evasivo y como de disculpa.

—No me tomen por loco —dijo—. No tengo ninguna evidencia de lo que digo. Hablo simplemente por deducción. Un material sintético, que hubiera sido moldeado posteriormente, imitando el jade, podría haber sido grabado previamente en su interior, y eso simplificaría las cosas, ¿no creen?

—Pero es que yo conozco el jade —replicó Wong—. Y eso que está fotografiado ahí... es jade, no un sintético.

—De acuerdo. Con ello llegamos a una conclusión final: que alguien ha logrado producir un jade que no es jade... pero que lo parece por completo.

—Eso es, Lester —asentí, excitado—. Usted lo ha dicho. Jade sintético. Pero perfecto. Es decir: una falsificación que nadie descubriría jamás. ¿Recuerda lo que me dijo, Wong? El químico chino Lao-Tsing... Creador de sintéticos... Ahí tenemos uno perfecto: una pieza de jade.

—No pudo hacer algo así. Todo sintético se nota...

—Imagine que surge un sintético que no se nota —señalé, con exaltación—. Del mismo modo que produce jade, puede producir

variantes como el ámbar, la esmeralda... e incluso brillantes y rubíes... ¿Se da cuenta, Wong? ¡Hemos dado con el secreto de los dos discos! ¡Con un secreto que puede valer uno, diez o cien millones de dólares! Un producto químico, capaz de sintetizar diamantes y piedras preciosas... sin que nadie note que son falsos...

—Cielos, es... es imposible... —jadeó Wong, muy pálido.

—Improbable, pero no imposible. Sospecho que hemos dado con la clave de todo. Esos trazos grabados dentro, Lester... ¿podrían ser parte de una inscripción determinada? Supongamos una..., una fórmula secreta.

—Pues, sí —nos miró, aturdido—. Pero si eso fuese cierto, tendríamos en nuestras manos un secreto químico capaz de revolucionar al mundo. Quien poseyera la fórmula y la llevase a la práctica, sin informar a nadie, fabricaría quizá gemas preciosas de incalculable valor, que ningún experto podría nunca diferenciar de las verdaderas...

—Eso es —afirmé, rotundo—. Es el caso que tenemos entre manos. Y la fórmula está ahí. Pero incompleta.

—¿Incompleta? —se decepcionó Lester.

—Por supuesto. Incompleta... porque sólo habrá ahí la *mitad* de la fórmula. Y la otra mitad estará... en el segundo disco de jade, el que nunca hemos visto, con la excepción del teniente Wong, que llegó a tenerlo en sus manos y lo reprodujo imprimiéndolo en seco... Es decir, que no nos será posible leer la fórmula entera, porque una copia impresa no puede recoger lo que se grabó *dentro*.

—Y hay más —suspiró cansadamente Lester—. Ahí, en la fotografía, no puede leerse apenas nada. Haría falta el propio disco para obtener una imagen clara, al trasluz...

—Y los dos discos están en poder de una misma persona, si no me equivoco —murmuré—. Eso significa, amigo Wong..., que usted tenía razón. El *Dragón* posee cuanto necesitaba. Sólo nos queda una posibilidad: jugar con lo que puede que *él* no sepa. Lester, necesito que colabore con nosotros.

—¿Yo? —Pestañeó él—. ¿En qué, Maxwell? Aunque no sea policía, ya sabe que soy su amigo, y haré lo que esté en mi mano para...

—Le pediré dos cosas: primera, que no revele nada en absoluto de todo esto a nadie, ni siquiera al capitán Wolff o al sargento

Cassidy.

—Tiene mi palabra. Nada sabrán ellos por mí., teniente..., digo, Maxwell.

—Gracias. Y ahora... vamos a la segunda parte de lo que puede hacer por nosotros, Lester...

Se lo dije.

Lester asintió pensativo. Sus ojos reflejaban sorpresa y curiosidad.

—Está bien —aceptó—. Cuento conmigo, Maxwell. Pero no sé si resultará...

—Ha de resultar —dije—. No existe otro medio de llegar hasta el *Dragón*.

* * *

La *Sierpe* me contempló con frialdad. Fumaba en una larga boquilla de ámbar, y nunca como ahora me pareció más un personaje exótico y deshumanizado, todo sofisticación, como las criaturas literarias de Sax Rohmer.

—¿Eso es cierto, Max? —preguntó con voz ronca.

—Muy cierto —asentí—. Quien obtenga lo que falta, puede completar el rompecabezas. Si es el *Dragón*, tendrá un millón de dólares en efectivo, cuando menos. El invento los vale.

—¿Cómo sabe que es él quien tiene las otras dos piezas?

—Resulta evidente —sonreí—. Una fue robada a la propia policía. La otra, a uno de los hijos de Lao-Tsing, asesinado por los sectarios del *Dragón*.

—¿Y si no hubiera tercera pieza?

—La fórmula estaría completa. Pero no es así. Existe el tercer disco, el de marfil, con una piedra preciosa en su centro. Es la clave definitiva.

—¿Cómo localizar ese disco de marfil? No veo por qué ha venido a mí, Maxwell...

—Tenía que hacerlo. Si alguien puede husmear en los bajos fondos de Chinatown en busca de algo, esa persona es... el *Dragón*. O bien la *Sierpe*. Se trata de un duelo. Si usted obtiene la tercera pieza, tiene la llave en su mano. El *Dragón* cederá. Tendrá que ofrecerle una parte.

—Y con eso... ¿qué ganará el ex teniente Kirk Maxwell? —quiso

saber astutamente la bella e inquietante mujer de el *Farol Púrpura*.

—La posibilidad, quizá, de que el *Dragón* asome por fin personalmente en alguna parte. Y de que pueda darle alcance; de que sepa, cuando menos, quién es...

—Es un juego arriesgado. Y sin ninguna garantía. ¿Quién le dice, Maxwell, que yo colaboraría, si el *Dragón* me ofrece medio millón de dólares y la promesa de no meterse en mis asuntos dentro de Chinatown? La oferta sería tentadora para mí... Soy una mujer de negocios, no lo olvide amigo mío...

—Nunca lo he olvidado, mi querida amiga *Sierpe*... —Reí entre dientes—. Por ello, precisamente, para usted sería muy buen negocio conseguir ese medio millón, pero mayor aún conseguir los *tres* discos, la fórmula secreta y, por tanto, el total de la fortuna... a cambio de que yo obtuviera al *Dragón*, y con él, mi reingreso en la policía, el fracaso definitivo del capitán Wolff y la limpieza total para Chinatown.

—¿Estaría dispuesto a negociar sobre esas bases, Max? No es un trato muy moral para un ex policía...

—Yo siempre he sido un policía muy especial... —Hice un gesto de cinismo—. No dudaré en respetar ese trato. Pero no olvide algo: para que el trato tenga posible validez, es absolutamente preciso poseer el tercer disco.

—Lo tendré.

—Eso espero —tendí mi mano—. ¿Trato hecho?

La *Sierpe* hizo algo más que apretar mi mano amistosamente, en señal de aceptación. Me rodeó con el dogal de inquietante seda de sus brazos. Cuando sus labios cálidos y carnosos me besaron, fue como si un hierro candente se posara en mi boca. El contacto duró mucho. Y el cuerpo turgente y apasionado de la *Sierpe* se enroscó en torno mío, como un auténtico reptil, pero de una tierna y excitante dulzura...

Fue un buen modo de firmar nuestro pacto secreto.

* * *

—Chinatown es un avispero —me confesó Dolly Donovan, con franqueza—. Nunca he visto a tantas personas husmear disimuladamente en busca de algo. Los anticuarios compran y venden discos de marfil con rara prodigalidad... ¿Qué juego es el

tuyo, Kirk?

Sonreí, acariciando una mejilla de mi buena amiga de la prensa. Le sugerí:

—Creo que tú podrías colaborar en eso grandemente, Dolly.

—¿Yo? —Me miró, desconfiara—. ¿Se trata de otra clase de señuelo? Porque con el que ya di antes, han llovido las protestas, las reclamaciones y las hostilidades de la policía y de ciertas autoridades y personalidades políticas de la ciudad contra mí. ¿Quieres que te siga en el despido, y deje de pertenecer a la plantilla de la *Gazzette*, Kirk?

—Por el contrario, preciosa —reí—. Quiero que seas la primera reportero de San Francisco. Te doy las primicias que me son posibles. Lo demás, depende de ti.

—Acabemos, Kirk. Sé que vas a pedirme algo nuevo. Hazlo ya de una vez. ¿Qué debo publicar ahora en mi periódico, que sirva tus intereses?

—Los míos, los tuyos y los de la ciudad entera. De la captura del *Dragón*, depende que muchos de los corrompidos estamentos políticos y sociales de la ciudad caigan bajo su propia basura.

—Muy bien. Confiemos en que sea así, y no seamos tú y yo quienes caigamos tan hondo que no haya mano capaz de sacarnos de allí. Adelante con tu historia. ¿Qué debo publicar?

—Muy poca cosa. Algo muy simple... que yo procuraré sirva a nuestros intereses.

Se lo dije a Dolly. Ella me miró, sin entender, pero tomó nota de los datos correspondientes. Al otro día, su periódico traía la noticia:

«Agentes de China continental buscan en territorio americano al tercer hijo de Lao-Tsing, el famoso físico chino. ¿Dónde se oculta Mao-Tsing?».

Wong pegó un respingo, al leer aquello. Me miró, incrédulo, con aire de reproche.

—Es una locura, Maxwell —me reprochó—. Y no conduce a ninguna parte. ¿Quién se va a tragar esa historia? Los propios chinos van a poner el grito en el cielo, y su gobierno negará oficialmente que Lao-Tsing tuviera tres hijos...

—¿Usted cree? —Sonreí, burlón.

Luego, le tendí la fotocopia de un cable recibido en la redacción de la *Gazette* aquella misma mañana. Su texto, en inglés, estaba fechado en Pekín, capital de China continental. Su texto hizo desorbitar los almendrados ojos de mi colega Wong, y yo me sentí feliz por tan fausto acontecimiento:

«Protestamos enérgicamente falsas acusaciones propagandistas sobre hipotética búsqueda de Mao-Tsing, tercer hijo del científico chino fallecido, honorable camarada Lao-Tsing. Hijo Mao se halla en Estados Unidos libremente, y gobierno chino nada intentará nunca contra él. —Ministro de Asuntos Exteriores de la República Popular China».

—Cielos, Maxwell, ese cable será tan falso como el beso de Judas, imagino... —resopló mi colega oriental, recuperando las fuerzas.

—Oh, no. Si fuese falso, el *Dragón* tardaría pocas horas en descubrirlo. Es un legítimo mensaje del gobierno chino, recibido a través de su delegación comercial en San Francisco... que podrá confirmar a cualquier autoridad o persona interesada en ello, de la presencia del joven ciudadano Mao-Tsing en territorio norteamericano, desde hace meses. También garantizarán que ellos no se preocupan en absoluto por tal persona, ni de su actual paradero.

—Pero... pero todo eso es una enorme..., una solemne mentira. ¡Mao-Tsing jamás existió!

—Claro —me eché a reír de buen grado—. Pero ¿quién afirmaría tal cosa, después de averiguar oficialmente lo que China Popular dice al respecto?

—¿Cómo ha logrado todo eso, Maxwell? Ha de tener una explicación...

—La tiene, Wong —admití—. Y quizá no sea demasiado honesta, desde el punto de vista puramente patriótico de ciudadano americano, pero... a fin de cuentas Mao-Tsing era ciudadano de China, y chino fue su invento. Creo que sería mucho mejor para el

mundo que un gobierno responsable, el de Pekín en este caso por ser el directamente afectado, tuviera la fórmula en su poder, y no un delincuente sin conciencia como el *Dragón*. Sabría siempre la posibilidad de una especulación con el resultado de ese invento, pero... siempre sería muy inferior, por su propio interés, al que le proporcionaría una organización criminal. De modo que...

—De modo que ha pactado con la delegación comercial china. Les dará esos discos de jade, si los obtiene... a cambio de esta especial ayuda.

—Eso es —reí—. Despreciable, ¿no es cierto? Pero, a veces, hay que trabajar con pocos escrúpulos, para terminar con mayores basuras...

—Teniente Maxwell, creo que cada vez me asombre usted más —confesó Wong, sinceramente—. Pero creo que, puestos en la encrucijada..., yo también obraría igual.

—Gracias —suspiré—. Eso tranquiliza algo mi conciencia culpable...

CAPÍTULO IX

El capitán Wolff miró, pensativo, a Dolly Donovan. Luego, golpeó furiosamente el periódico extendido ante su mesa.

—¡Esto es un disparate, señorita Donovan! —rugió—. Está obstruyendo constantemente la acción policial con sus sensacionalismos. Tenemos una protesta formal de la delegación de la República Popular China, a causa de sus textos... ¿Es que quiere volvernos locos, ahora que tenemos tantos problemas entre manos? ¿O es una forma de vengarse del daño que supone ha causado a su querido amigo, el ex teniente Maxwell? Porque esto último no tiene calificativo, señorita Donovan. Usted... usted no puede jugar así con el Departamento, ni mucho menos con la propia diplomacia americana...

—Lo siento, capitán —cortó ella secamente—. Pero quizá la nota de la china no sea tan sincera como parece.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Imagine... imagine que he recibido algo más que una protesta oficial china. Imagine que un pobre chino oculto, llamado Mao-Tsing se ha puesto en contacto conmigo y me ha ofrecido algo, a cambio de la ayuda de la prensa americana a su persona...

—¿Eh? ¿Qué significa todo eso, señorita Donovan?

—Imagine que Mao-Tsing me ha ofrecido... un objeto de gran valor para nuestro país, y que yo debo entrevistarme con él... y aceptar o rechazar su proposición. ¿Qué diría usted? El solo pide ocultarse de los agentes de su país que le persiguen...

—Señorita Donovan, le exijo que me aclare eso, que me dé detalles, lugares, fechas y horas en que pueda haber contactos con alguna persona...

—Capitán, usted olvida que la prensa tiene su propia ética. Y

ningún policía del país podría impedirme que actuara a mi modo, sin mezclar a la policía en mis asuntos. Buenas tardes, capitán.

Salió del despacho airadamente. Wolff giró la cabeza, mirando al sargento Cassidy, silencioso testigo de la escena. El rostro del capitán aparecía del color de la púrpura.

—¿Ha oído eso, Cassidy? Esa mujer está loca. ¡Va a meter al país en un problema diplomático muy grave, si no maneja esto con cautela! Además, puede haber peligros por medio...

—Evidente, capitán —asintió Cassidy—. He recorrido Chinatown, hoy. Todo el mundo busca en los bajos fondos un disco..., un disco de marfil, igual al que tuvimos aquí de jade... Un disco que posee un hombre llamado Mao-Tsing, perseguido por los agentes chinos...

—Eso basta —cortó rotundamente Wolff—. Haremos algo. Lo que sea, menos cruzarnos de brazos... ¡Y esta vez, quizá caiga también Dolly Donovan, junto con su buen amigo Kirk Maxwell!

* * *

Dolly miró en derredor, preocupada.

Nunca había pensado que la información facilitada por Kirk fuese verídica y fidedigna. Más bien había pensado en una jugarreta suya.

Ahora, sola en aquel lugar de Embarcadero, silencioso y desierto, donde la citara a medianoche la voz misteriosa del oriental Mao-Tsing por teléfono, empezaba a preguntarse si no habría cometido un error, no confiando a la policía aquel asunto.

Mao-Tsing había sido escueto en su llamada al apartamento de la joven:

—La espero en Embarcadero —y añadió el lugar exacto—. A las doce en punto de esta noche. No falte. En señal de buena voluntad, llevaré el objeto de gran valor que poseo. Si hay trato, podrá quedarse con él, y fiaré ciegamente en usted y en la prensa americana. No falte, por favor. Y sea prudente. Mis compatriotas me siguen buscando...

Habían colgado, antes de que ella pudiera responder nada. Y ahora, allí estaba. Esperando. Esperando a Mao-Tsing tercer hijo de un físico muerto en Pekín. Al parecer, dueño de la tercera parte de algo que valía millones...

Pero sentía miedo. Inquietud. Casi terror. ¿Y si sucedía algo fuera de lo previsto? ¿Y si siniestros agentes extranjeros de rostro amarillo asesinaban a Mao-Tsing y a ella, desapareciendo luego con el disco de marfil? No sólo estaba China Popular... sino también el *Dragón*...

De súbito, a su espalda, sonó una voz apagada, un murmullo ronco...

—Aquí, señorita... Aquí.

Ella giró la cabeza, con sobresalto. El joven oriental cubría casi totalmente su rostro entre el sombrero y la bufanda subida sobre la cara, pero eran visibles sus inteligentes ojos almendrados. Miraba en derredor, con auténtico miedo... Dolly suspiró, acercándose rápidamente a él.

—¿Qué sucede? —musitó—. ¿Quién es usted?

—De sobra lo sabe. La llamé esta tarde a su casa... Soy Mao-Tsing... y ésta es mi credencial.

Mostró algo en su mano: un disco blanco, amarillento, con una gema verde en medio. Un círculo de marfil del tamaño de una moneda...

—¡El tercer disco! —susurró Dolly, asombrada.

—Eso es. Vale un millón de dólares. Será suyo, sólo por ayudarme. Sin él, de nada sirven los dos discos de jade de mi padre...

—Es lo que necesitaba oír, señor Tsing —dijo la fría voz cerca.

Dolly emitió un grito agudo. Giró la cabeza, asustada. Los personajes emergieron de las sombras, rodeándoles.

Eran cuatro. Todos enmascarados. Uno llevaba una capucha negra, y un bordado dragón sobre la frente.

—¡El *Dragón*! —gimió Dolly Donovan, palideciendo. El joven chino parecía aterrorizado, encogido sobre sí mismo. El encapuchado anunció:

—Soy el *Dragón* en persona. Lamento esta interrupción. Denme ese disco. Luego..., buen viaje al infierno. Ambos deben morir.

Dolly supo que nada ni nadie podía salvarla ya de aquel trance...

CAPÍTULO X

Era mi momento de intervenir.

Todo lo sucedido en el capítulo anterior me fue narrado posteriormente por Dolly Donovan. Cuando ya todo el caso del *Dragón* y los discos de jade eran un simple recuerdo para todos nosotros. Un siniestro recuerdo, que preferíamos olvidar pronto...

Hice un gesto a los hombres que me acompañaban en las sombras, aquella húmeda noche en Embarcadero. Mi voz fue un murmullo:

—¡Vamos ya! Y cuidado con lo que sucede. La chica y el teniente Wong no deben sufrir daño alguno...

Los silenciosos orientales que me acompañaban, todos ellos miembros de la delegación comercial china, asintieron. Eran expertos en karate. Y en usar armas silenciosas. No tardé en comprobarlo...

* * *

La irrupción de nuestro grupo sorprendió totalmente a los rufianes enmascarados. Dos de ellos cayeron atravesados por las afiladas armas de mis provisionales camaradas. Un tercero recibió un disparo de mi pistola, El cuarto, el *Dragón*, intentó huir, haciendo fuego con su propia arma.

Wong le cazó de un disparo. Cayó a las aguas del puerto. Me arrojé rápidamente en pos suyo.

Forcejamos rabiosamente en el agua. Estuvo a punto de hundirme dos veces en ella, pese a estar herido. Le golpeé duramente, dejándole al fin inconsciente. Y cargué con él, subiendo al embarcadero. Ya todo había terminado. Wong, mi falso Mao-

Tsing en la farsa, sonreía, arrojando al suelo el disco de marfil creado por el buen amigo Lester en los laboratorios policiales.

—Asunto concluido, Maxwell —me dijo—. ¿Quién es el *Dragón*?

No dije nada. Tendí al encapuchado en el suelo de tablas, chorreando agua. Le arranqué la capucha.

—Debí imaginarlo —suspiré amargamente—. Siempre existe una manzana podrida, aun en el mejor cesto de fruta. Un hombre indigno, en medio de tantas personas dignas y honradas.

—*¡El capitán Wolff, de Homicidios!* —gritó agudamente Dolly, horrorizada—. ¡No es posible!

—Sí, querida —asentí con voz ronca—. Era él. Lo sospeché al desaparecer el disco de jade auténtico. Sólo él podía cambiarlo sin violencias, pensando que nadie advertiría el fraude. Yo le estorbaba, por eso me expedientó y procesó luego... Sabía mi entrevista con Nancy aquella noche..., como sabía tantas otras cosas... El capitán Wolff, un mal policía, era el *Dragón*... Ahora, estoy seguro de que en sus bolsillos estarán esas dos piezas de jade. Las traería para compaginarlas con el disco de marfil...

—¿Y va a dárselas... a ellos? —Wong señaló a los agentes chinos, con gesto preocupado.

—Sí —afirmé—. Un trato es un trato. Sin su ayuda, esta captura hubiera sido imposible... Wolff jamás hubiera picado el anzuelo sin la ayuda oficial de los chinos a este caso... A fin de cuentas, el invento siempre fue suyo. Es legal, en cierto modo, devolvérselo ahora.

—Nuestro gobierno, señor Maxwell, le garantiza que jamás será usado como fraude para nadie. Si alguna vez se lleva a la práctica —me refirió el jefe del grupo chino especial—, será solamente para usos técnicos o industriales, dentro de la República Popular.

—Gracias —suspiré, tras hallar los dos discos, y entregárselos sin vacilar—. Estaba seguro de ello, señores. Ha sido un placer trabajar juntos, por una vez en la vida...

Sonrieron con su frío e inexpresivo aire oriental, y se marcharon silenciosamente. Wong, Dolly y yo nos quedamos allí, rodeando al malherido capitán Wolff.

—Bien —murmuré—. Espero que Chinatown recupere cierta calma ahora... y con ella, todo San Francisco...

—Oh, Kirk, eres odioso... —musitó Dolly—. Me usaste de cebo...

—Alguien tenía que hacerlo, y tú eras la más indicada, Dolly. — Me acerqué, la rodeé con mi brazo. Noté que temblaba, pese a su valor de siempre—. Olvidaremos esto con una cena fría y un baile hasta la madrugada. Wong se hará cargo del *Dragón* mientras tanto.

—Seguro —asintió Wong—. Y de su reingreso con todos los honores en el Cuerpo, Maxwell.

—Gracias, colega —sonreí, empezando a alejarme, con Dolly a mi lado. Miré a ésta, besé su mejilla y le dije—. Pequeña, ¿qué dirías si, en compensación de esta mala faena que te hice, te ofreciese mañana... un anillo de pedida?

—¡Kirk! —se asombró—. ¿Has pensado seriamente en casarte... conmigo?

—Creo que sí. Esta noche tuve mucho miedo, pensando en el peligro que corrías. Creo que eso me confirmó cuánto te amaba...

—Oh, Kirk, a veces eres encantador. Sólo a veces... pero me basta —me abrazó y me besó—. Vamos ya. Esa cena fría, ese baile... y mañana el anillo. Seré la periodista más feliz de la ciudad Y de todo el país, Kirk querido...

Así eran las mujeres. Incluso Dolly Donovan, la audaz reportero. Pero ¡qué diablos! Era bonita, encantadora... y estaba enamorado de ella desde hacía tiempo. Ahora, o nunca. Tenía que hacerlo.

Y fue ahora...

FIN



**DESDE AHORA PUEDE LEER
LAS NUEVAS NOVELAS DE
CORIN TELLADO**

ADQUIRIENDO LOS VOLUMENES
DE LA NUEVA COLECCION
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Silvia

CORIN TELLADO

sigue siendo la autora indiscutible de fama mundial que refleja, con fuerza y sinceridad insuperables, las inagotables reacciones del Hombre y de la Mujer, en busca del Amor.

**APARICION SEMANAL, ASEGURE
LA RESERVA DE SU EJEMPLAR**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada La muerte elige, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del

ISBN

aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.

Notas

[1] Chinatown, en su traducción literal significa «Ciudad China». Se aplica a los barrios o distritos chinos de cualquier gran ciudad, especialmente en Estados Unidos, donde San Francisco y Nueva York poseen las más grandes y populosas «ciudades chinas», o, simplemente, «barrios chinos», auténticamente chinos y no llamados así por rutina, cuando sólo son suburbios de delincuentes y hampones. Por ello seguimos llamando aquí al barrio oriental, por su nombre original inglés de «Chinatown». (N. del E.). < <

[2] Verídico. Por Grant Avenue, en Chinatown, los orientales celebraban de ese modo sus festejos. El dragón de papel y seda, conducido por una treintena larga de hombres, va interiormente iluminado con un generador portátil, y fue importado de Cantón. (N. del E.). < <

[3] Sax Rohmer: autor de las novelas de Fu-Manchú. (N. del E.).

< <

[4] Abreviatura familiar de San Francisco, muy corriente en Estados Unidos. (N. del E.). < <